EL MAYOR ACTO DE AMOR FUE AMAR(ME)

no es el final



DAILY ROSABAL

NO ES EL FINAL

Daily Rosabal

Derechos de autor © 2025 Daily Rosabal

No es el final
© 2025 Daily Rosabal

Portada e ilustraciones: @zu.rss
Corrección: Daniel Barrios, 2025
Maquetación: Daniel Barrios, 2025

Edición, octubre 2025
Contacto: daily_rosabal@yahoo.com

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular de los derechos patrimoniales, en términos de lo previsto por la Ley Federal del Derecho de Autor y en su caso por los tratados internacionales.

Dedicado a todos los que supieron decir, «basta» Felicidades por haber descubierto que no es el final.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Advertencia de contenido
Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15

Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta obra contiene representaciones de violencia psicológica, maltrato verbal y físico, en el marco de una relación de pareja, así como menciones de pensamientos suicidas. Si estos temas resultan sensibles o desencadenantes para ti, te recomendamos proceder con precaución o priorizar tu bienestar emocional. Todo lo que se narra a continuación es producto de la imaginación de la autora; cualquier semejanza con la realidad es mera coincidencia.

SINOPSIS

Salir de una relación tóxica no es fracasar. Es volver a vivir.

Alya se muda a un pequeño pueblo en la frontera de Francia y Suiza con su esposo y su hija, con la esperanza de rescatar un matrimonio que ya no le hacía bien. Durante años creyó que debía ser una esposa perfecta, que resistir era una prueba de amor, que sin él no era nadie.

En medio del aislamiento conoce a Corinne, su vecina: libre, coqueta y sincera. Lo que empieza como una amistad se convierte en un viaje profundo de redescubrimiento, donde Alya aprenderá a escucharse, a sanar, y a sentir… sin culpa. Porque su mayor acto de amor fue amarse a sí misma.

No es el final es una historia íntima y poderosa sobre mujeres que se eligen, sobre amores que no hieren y sobre el coraje de decir:
«hasta aquí».

PRÓLOGO

Nadie te advierte que puedes perderte en tu propia vida.

No ocurre de solo golpe, no hay una alarma que suene ni un cartel que lo anuncie. Solo un día despiertas y no te reconoces en el reflejo del espejo. La sonrisa que finges, el café que se enfría sin que lo bebas, el hombre que duerme a tu lado y al que ya no sabes si amas… o si alguna vez lo hiciste de verdad.

Durante mucho tiempo creí que era normal sentir ese vacío. Que el amor era sacrificio. Que el cansancio emocional formaba parte del matrimonio. Que callar era madurar. Que resistir era amar.

Hasta que dejó de serlo.

No hubo un gran escándalo. No volaron maletas ni se cerraron puertas de un portazo. Fue más sutil. Más cruel. Fue mirarme y entender que había dejado de existir en mi propia historia.

Y entonces, por primera vez en años, tomé una decisión sólo por mí.

Esto no es una historia de venganza.

Tampoco de odio.

Es la historia de cómo una mujer rota decidió escribirse un nuevo final.

O, mejor dicho... un nuevo comienzo.

Porque ese día, el día que todo se vino abajo, entendí algo que me cambió para siempre:

No es el final.

CAPÍTULO 1

Alya

Todos, alguna vez, soñamos con empezar de nuevo. Mudarnos al otro lado del mundo, dejar atrás el pasado y convertirnos en una versión más ligera de nosotros mismos. Hay algo profundamente atractivo en esa idea. Yo también lo soñé. Creí que este cambio de país, de idioma y de vida sería el salvavidas de mi matrimonio. No sabía que estaba firmando el prólogo del final.

El día comenzó como estaba planeado. A las diez de la mañana, cuando llegamos al nuevo edificio, la empresa de mudanza ya había descargado casi todo. Me uní sin protestar: cargando cajas, desempacando, fingiendo que todo estaba bien.

Que yo estaba bien.

Él, por supuesto, no estaba. Como siempre, su trabajo «urgente» lo había llamado a otro país. Dijo que regresaría en una semana, tal vez dos. Me dejó sola con las cajas, con la presión de hacerlo todo bien. Como siempre. Aixa, mi hija, llegaría al día siguiente con mi madre. El plan era tener un día de margen para organizar lo básico antes de que la casa se llenara de voces infantiles y juguetes regados por el suelo. Pero, en realidad, yo lo necesitaba para llorar en silencio.

El apartamento era amplio, en un piso ocho, con una vista preciosa de las montañas. La inmobiliaria lo llamó «un oasis silencioso» y, para alguien como yo —que ha vivido una vida entera entre bocinazos y discusiones a gritos—, aquello sonaba como una promesa.

Pasé el día desempacando lo esencial: ropa, utensilios de cocina, cosas para Aixa. No encendí música. No llamé a nadie. Cada objeto que ponía en su lugar era una manera de evitar pensar, de no recordar, de no preguntarme si había hecho bien.

A media tarde bajé al supermercado. Compré cosas básicas: pan, leche, pasta, café. Caminé de regreso con las bolsas colgando, sintiéndome extrañamente transparente. Nadie me conocía allí. Nadie esperaba nada de mí. Podía ser quien quisiera. Pero ¿quién era yo sin él?

De regreso al entrar en el edificio vi a dos mujeres en el vestíbulo. Una reía fuerte; la otra la miraba con calma. Besos rápidos, susurros apresurados. Subí al ascensor y justo cuando iba a cerrarse la puerta, una mano lo detuvo.

Ella

Una mujer impresionante, elegante, con una camisa blanca y tirantes oscuros. Llevaba el cabello largo suelto, y unos ojos dorados que parecían leerlo todo. Tenía esa seguridad de las mujeres que no piden permiso para ocupar espacio.

La acompañaba una chica rubia, más joven, que no dejaba de mirarla con deseo. Se subieron conmigo. El silencio se volvió espeso, cargado de electricidad estática.

—Ocho, por favor —dijo la pelinegra. Su voz era tan baja y serena que parecía arrastrar la noche con ella.

Asentí y marqué el número. Nos elevamos los tres sin hablar.

—¿Eres nueva? —preguntó de pronto. Su acento francés era suave, pero claro. No sé qué me había delatado o si era adivina, pero me habló en español.

—Sí —respondí evitando el espejo—. Me mudé hoy.

—Bienvenida. Soy Corinne.

Una media sonrisa le curvó los labios antes de girarse hacia la rubia, que ya se le había acercado demasiado. Le acariciaba con descaro

mientras ignoraban una conversación que no entendía. No supe si la incomodidad que sentí era por ellas o por mí.

—Alya —dije en voz baja—. Apartamento 8B

Corinne no respondió. O quizás no me oyó. La otra chica le susurró algo al oído y Corinne rio suavemente, sin dejar de mirarla. Yo bajé la vista.

El ascensor se detuvo. Las puertas se abrieron. Corinne salió primero. Antes de que la otra la siguiera, ella se volvió un segundo hacia mí.

—Nos veremos por aquí.

Y con un guiño sutil y coqueto, se fue. La rubia le siguió con pasos rápidos, sin mirar atrás. Yo me quedé ahí, aún dentro del ascensor, sintiendo que me faltaba el aire. No por ellas, sino por mí. Porque algo se había movido dentro, algo que no sabía nombrar. De pronto me pregunté cuándo había sido la última vez que Román y yo tuvimos una muestra de afecto en público —o en privado—, una caricia que no tuviera como único objetivo el sexo.

Entré al apartamento y cerré con llave. Me apoyé en la puerta, aun sintiendo esa mirada clavada en la piel. No era una gran presentación, pero con suerte aún había tiempo para causar una mejor impresión.

El silencio era absoluto. Me preparé un té, cené algo sin hambre y me tumbé en la cama sin deshacerla del todo, con una libreta en el regazo. Pero no escribí. No podía. Esa parte de mí también estaba en pausa. Mañana Aixa llegaría y tendría que ser madre, esposa, mujer funcional. Pero, por ahora, podía ser sólo Alya. Aunque no supiera del todo quién era esa.

Esa noche dormí con la ventana entreabierta dejando que el frío me recordara que aún estaba viva.

La noche fue un desastre. Dormir, imposible. Parte de mí estaba nerviosa por el cambio, claro, pero la verdadera razón fue otra: descubrí que los muros del apartamento eran más delgados de lo

que creía. A eso de la medianoche empezó… el espectáculo. Y no, no exagero: me sentí como la camarógrafa invisible de una película porno. Entre gemidos, golpes en la pared y gritos ahogados, lo único que pude hacer fue taparme la cabeza con la almohada y rezar porque terminaran rápido.

A las seis, incapaz de aguantar un minuto más en la cama, me levanté y salí rumbo al supermercado. El cielo apenas clareaba. Y aunque el cuerpo me pedía descanso, sentí que necesitaba aire. Mucho aire.

CAPÍTULO 2

Alya

El apartamento aún olía a cartón, madera vieja y algo parecido a soledad. Era curioso cómo una casa nueva podía sentirse tan… hueca. Las cajas apiladas en cada rincón me observaban como recordatorios de todo lo que había dejado atrás. Me obligué a hacer algo que me hiciera sentir presente, aunque fuera por un rato.

Panecillos de limón. Siempre eran mi refugio.

La cocina era pequeña, pero me era suficiente. Encendí el horno, puse música suave y mezclé la masa con manos temblorosas, intentando ignorar la punzada constante en el pecho. Había algo terapéutico en medir ingredientes, en ver cómo la harina se trasformaba en algo cálido, dulce… acogedor.

Preparé pequeñas bolsitas con los panecillos y les até una cinta dorada. Un gesto amable. Una forma de decir: «Estamos aquí, por favor, no nos odien».

Hola, soy Alya Durán. Me acabo de mudar al 8B con mi familia. Espero que estos dulces alegren un poco tu día. Encantada de conocerte.

No esperaba respuestas. Solo necesitaba sentir que hacía algo bien.

Aixa llegó al final de la tarde, saltando de emoción como si nuestra vida no hubiera dado un vuelco completo. Mi madre la dejó con un abrazo fuerte y una mirada cargada de preguntas que preferí no responder todavía. Prometí llamarla más tarde. Mentí.

La voz de Aixa rompió mi momento de calma.

—¿Puedo repartirlos, mami?

—Claro que sí —le dije—. Pero recuerda lo que hablamos: sólo los dejas en la entrada. No molestes a nadie, ¿sí?

—Prometido.

La vi salir con el entusiasmo de quien reparte magia en bolsas de papel. Caminaba pasillo abajo como una pequeña cartera de buenas intenciones. Pero, por supuesto, la travesura ganó. Al llegar al apartamento de la derecha —el 8C—, se detuvo. Dudó. Y tocó.

—Aixa… —susurré, saliendo rápido a alcanzarla.

La puerta se abrió justo en ese instante.

Y salió *ella.*

Corinne.

Cabello oscuro cayéndole por los hombros en un desorden elegante. Camisa blanca remangada, tirantes negros y un pantalón de pinzas que le quedaba insultantemente bien. Llevaba la chaqueta colgada del antebrazo y las llaves en la otra mano, como si estuviera a punto de salir.

Sus ojos dorados se posaron en mí por apenas un segundo. Me sostuvo la mirada con esa intensidad tranquila pero directa, para luego inclinarse hacia Aixa.

—¿Para mí? —preguntó con una calidez inesperada.

—Son de limón —dijo Aixa, orgullosa—. Los hizo mi mamá.

—Entonces seguro están deliciosos —respondió Corinne, aceptando la bolsita—. Gracias, pequeña.

—Perdón por la interrupción —dije enseguida —. Yo le había dicho que sólo los dejara, no quería molestar…

—No molestan. Es un detalle bonito. Nadie hace estas cosas ya.

La miré y, por un instante, pensé en la noche anterior: en el ascensor compartido, en cómo se había reído bajito con la chica rubia, en cómo me había mirado justo antes de que la puerta se cerrara… y luego, los sonidos y jadeos el resto de la noche. ¿Cómo se sentiría tener esa complicidad con alguien? Con *ella*. Sentí el rostro arder y bajé la vista, temiendo delatarme.

—¿Van abajo? —preguntó, girando ligeramente las llaves en la mano.

—Sí —dije.

Y así, como si no acabara de tener pensamientos tan desubicados, las tres entramos al ascensor. Aixa se pegó a mi lado, aun sonriente. Corinne se apoyó con elegancia en una esquina, observándonos sin invadir.

—¿Así que ya se instalaron? —preguntó, sus ojos fijos en los míos.

—Estamos en eso. Mi madre trajo a Aixa esta mañana. Aún no tenemos internet, ni cortinas… pero tenemos panecillos.

Ella sonrió.

—Eso es lo esencial.

La cabina descendía lento, como si el silencio pesara. No era incómodo, pero sí cargado. De algo. Algo que no sabía nombrar.

—¿Y tú? —le pregunté—. ¿Hace cuánto vives aquí?

—Unos años. Lo suficiente para conocer todos los dramas del edificio, pero no para aburrirme de ellos.

—¿Dramas?

—Los hay. Ya los verás. Espero que los tuyos no sean muy pesados.

La frase me atravesó de una manera inesperada. No por lo que decía, sino por cómo lo decía. Como si supiera. Como si viera algo más allá de la superficie.

La puerta se abrió.

—Gracias otra vez —le dijo a Aixa—. Te debo una.

—Puedes devolver la bolsa —dijo mi hija, seria.

Corinne rió. Y yo, por primera vez en días, también.

La observé alejarse, elegante y segura, como si nada en el mundo pudiera alcanzarla. Y, sin embargo, había algo en su forma de mirar… algo que me hacía pensar que también guardaba cicatrices invisibles. Como yo.

Desee ser tan fuerte como ella: poder caminar con la cabeza en alto y ocupar un sitio sin sentir que estoy incomodando a alguien. Simplemente encontrar un sitio donde encajar y dejar de vivir con esa sensación de estar siempre fuera de lugar.

CAPÍTULO 3

Alya

Era sábado por la mañana y, por primera vez en mucho tiempo, la luz entraba por las ventanas como una caricia y no como una amenaza. Aixa dibujaba en el suelo, sumergida en su mundo de colores y criaturas imposibles, mientras yo intentaba poner orden en la cocina, ya que con mi mente era imposible. Entonces, escuché el timbre. Dudé. Temía fuera Román: aún no era hora de su regreso, solía demorar más, y no estaba preparada mentalmente para volver a verlo. Necesitaba retrasar el encuentro tanto como pudiese, aunque sólo fueran unos segundos más.

Aixa corrió hacia la puerta, ajena a la tempestad que se desataba en mi cabeza y en mi corazón. Me asomé por la mirilla y vi a una mujer joven, con el pelo oscuro recogido en una trenza deshecha, sosteniendo un pequeño paquete. Suspiré e inhalé profundo, llenando los pulmones del aire que me había faltado los últimos segundos.

—¿Sí? —pregunté al abrir.

—Hola. Soy Ingrid. Vivo en el 8A, justo al lado. Ayer encontré esta cajita en mi entrada. Creo que es tuya… o bueno, mía, de tu parte. Tenía una nota con dibujos de una niña. ¿Aixa? Solo quería regalarte esto como bienvenida y agradecimiento. – Hablaba tan rápido que parecía rapear; su acento me decía que no era de aquí, pero no lograba descifrar de dónde.

Sonreí, avergonzada, y acepté la botella de vino junto con la cesta de queso y pan que me extendía.

—Sí. Fue ella. Le dije que dejara un presente en la puerta de los vecinos y debió entusiasmarse demasiado con la idea.

Ingrid rió.

— No te preocupes, está adorable. Y los panecillos… deliciosos.

¿Puedo pasar un momento?

No respondí de inmediato. No era buena socializando: solo tenía una amiga de toda la vida y no sabía cómo comportarme con otras personas. Finalmente asentí y le hice una seña para que entrara.

Llevaba jeans rotos, una camiseta con una banda que no reconocí y una chaqueta del mismo estilo. Traía consigo un aire fresco, desenfadado, como si en su mundo todo fuera más sencillo.

—¿Se han mudado recién? —preguntó, mientras miraba con curiosidad las cajas aún sin abrir.

—Sí. Bueno, hace unos días que la empresa comenzó a preparar todo. Pero entre la niña, el trabajo y todo lo demás, recién ayer llegamos…

—Eres escritora, ¿verdad?

La miré, sorprendida.

—¿Cómo lo sabes?

—Firmaste la nota con tu nombre, y me sonaba. Vi tu libro en la librería del centro. *Donde nunca llueve*, ¿no? Lo compré hace meses. Lloré como idiota.

Me reí con timidez. No estaba acostumbrada a que alguien conociera mi trabajo sin que yo lo mencionara primero.

—Gracias —dije—. Me alegra que te haya tocado. Aunque lo siento por las lágrimas.

Ingrid se encogió de hombros.

—Llorar está bien. A veces hace falta. Es una buena válvula para soltar la presión.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Hasta que Aixa se acercó con uno de sus dibujos.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó mi hija sin pudor en español. Refiriéndose a la banda de su camisa.

Ingrid soltó una carcajada.

—¿Ellos? Son mi banda favorita. Se llaman Morat. Mi amiga —la que vive justo al lado— y yo estamos obsesionadas con ellos.

—También eres española? ¿Tu amiga es la vecina guapa? ¿Puede ser mi amiga también?

—No, vengo de un poco más lejos, soy latina, — dijo, verificándome lo que ya sospechaba — De Colombia, exactamente. Y si hablamos de la misma vecina, esa es Corinne. La conozco desde hace unos años. Fue mi abogada cuando quise quedarme aquí. Somos amigas desde entonces. ¿Y ustedes ya la conocieron?

—Eso se podría decir—Respondí, intentando sonar natural.

Ingrid me miró con una ceja arqueada, como si supiera algo que yo no había dicho aún.

—¿Y eso? ¿A qué te refieres?

—La vi el día de la mudanza, en el ascensor. Y luego... otro día. Es amable, aún no sé descifrarla.

—Es especial. Aunque a veces se esconde detrás de sus trajes y puede parecer un poco inasible, pero en realidad es un amor y tiene un gran corazón.

—La entiendo.

Esa misma tarde Ingrid me escribió un mensaje simple:
«¿Te apetece un café? Tengo brownies.»
Volví a dudar. No tenía idea de qué hacer en esos casos; mis únicas reuniones eran con Natalia, mi única amiga, y casi siempre deseaba

que terminaran pronto. Ella tenía una manera única de hacerme sentir mal, aunque no fuera intencional. Siempre había sido así y yo había aprendido a sobrellevarlo. Además, desde que se mudó por trabajo a Barcelona, solo nos veíamos una vez al mes y hablábamos, sobre todo, por teléfono.

Me reí sola al pensar en ello: una sola amiga a la que veía una vez al mes. Resultaba absurdo que, siendo una adulta de veintiséis años, fuera tan incapaz de entablar nuevas relaciones. Después de pensarlo, me convencí de que podía cruzar el pasillo y tomar un café. Estaba de acuerdo en que necesitaba relacionarme más; sin embargo, por más que miraba el teléfono y las letras del teclado, era incapaz de responder.

El timbre sonó y, esta vez, fue acompañado por dos rítmicos golpes en la puerta.

—Soy yo, Ingrid. Abre. —Me encontré obedeciendo de inmediato y, al abrir, ella me observaba con una ceja arqueada y una mano en la cintura—. Sabía que no irías sola, por eso vine. Vamos a tomar un café.

No tuve tiempo de negarme ni aceptar. Ingrid me tomó del brazo, enlazó el suyo con el mío y me arrastró por el pasillo hasta su apartamento. Dejé a Aixa con su tableta, prometiéndole que no tardaría, y mantuve la puerta abierta para poder vigilarla.

El piso de Ingrid tenía la misma estructura que el mío, aunque decorado de manera completamente distinta. Mientras mi apartamento era minimalista, en tonos grises y blancos, allí reinaba el color. Ingrid era, sin duda, maximalista; y, aun con tantas cosas, el lugar resultaba acogedor. El aroma del café flotaba en el aire. En la barra de la cocina descansaban los brownies, y afuera, en la terraza amueblada, una mujer fumaba.

Ella

Corinne estaba sentada en el pequeño sofá de dos piezas, con una pierna cruzada sobre la otra, camisa blanca remangada y el pelo

largo cayéndole por un hombro. Llevaba su chaqueta colgada del respaldo del asiento y los tirantes oscuros que ya empezaban a resultarme demasiado… inquietantes. Daba por hecho que se trataba de su uniforme habitual.

—Vaya, mira quién llegó: la nueva vecina guapa. Dicen que el amor comienza por la cocina, ¿acaso planeas seducirme? —dijo Corinne con una sonrisa suave. Yo debí de ponerme del color de un tomate.

Me quedé unos segundos paralizada. No esperaba verla ahí. Mucho menos así, como parte de un lugar en el que pretendía sentirme segura.

Asentí. Corinne se limitó a mirarme con esa calma que me desconcertaba.

—Ascensor —dije, y después, sin saber por qué, añadí—: Y una conversación… accidental.

—Pues entonces este café es el principio oficial. —Me extendió una taza—. Venga, siéntate. Ya que vivimos las tres en la misma planta, será mejor que nos llevemos bien.

Corinne rió por lo bajo y palmeó el asiento a su lado. Me senté obedientemente, y nuestros brazos se rozaron. Un contacto minúsculo, casual… y, aun así, me dejó el estómago hecho un nudo.

Esa tarde pasamos horas hablando. Al principio me costó, pero Ingrid tenía una forma de obligarme siempre a participar: me hacía preguntas, mencionaba mi libro, buscaba la manera de que me sintiera cómoda. Aixa conoció a Coco, el doberman negro de Corinne, y fue amor a primera vista.

Ingrid contaba historias graciosas de vecinos, y Corinne escuchaba más de lo que hablaba; pero cada vez que lo hacía, dejaba algo en el aire que me hacía mirarla demasiado tiempo. Yo reía, a veces sin razón, y me sentía tonta. Pero también, por primera vez en mucho tiempo… me sentía parte de algo.

No lo sabía aún, pero esa tarde, con brownies y café, cambió todo. Dejé de sentirme tan sola.

CAPÍTULO 4

Alya

Aquel domingo amaneció gris y frío, como si el cielo también se negara a dejar pasar la luz, como si estuviera decidido a recordarme que mi vida se encontraba igual: sombría, sin esperanza de claridad cercana.

Los días en el edificio seguían su ritmo pausado, como un murmullo constante que se colaba por las ventanas abiertas. Por las mañanas llevaba a Aixa al parque cercano, donde ella corría y jugaba con otros niños mientras yo, permanecía sentada en un banco observando distraída el vaivén de las hojas mecidas por el viento.

Fue allí donde vi a Corinne por primera vez ese día. Paseaba a su perro con esa calma que parecía venir de otro mundo: pasos firmes, el cabello largo ondeando detrás de ella. Llevaba su inseparable traje de pantalón con tirantes. A veces deseaba revisar su armario y descubrir cuántos de esos malditos trajes poseía; los odiaba, porque verla usándolos me provocaba un calor extraño que no sabía descifrar.

Sus ojos dorados me atraparon desde lejos y, al cruzarnos, sentí que el tiempo se detenía. Me saludó con una leve sonrisa, cortante, como si midiera cada palabra, aunque sus ojos transmitían algo más: curiosidad, un trasfondo que intentaba ocultar.

—Hola, mi guapa vecinita Alya —dijo con voz coqueta y risueña.

—Hola, Corinne —respondí, esforzándome por sonar natural, aunque por dentro era un torbellino.

Aixa, que me seguía de cerca, se detuvo y, de repente se dirigió a Corinne con la espontaneidad que sólo tienen los niños.

—¿Quieres jugar conmigo? —le preguntó, con esa inocencia que desarma a cualquiera.

Corinne la miró sorprendida, pero enseguida una sonrisa más cálida apareció en su rostro.

—Claro que sí, pequeña —dijo, dejando su chaqueta a un lado y poniéndose de pie—. Vamos, muéstrame esos juegos.

Caminamos hacia el canal. Al poco, ladeó la cabeza con curiosidad:

—¿Tu esposo no está?

—Sigue en viaje de negocios —contesté con un suspiro—. Se va a quedar fuera más tiempo, dice que el trabajo no le da tregua.

Ella asintió, sin saber que aquella excusa se había vuelto rutina en mi vida, la justificación de la distancia y del vacío que me acompañaba cada noche.

Aixa tomó la mano de Corinne.

—¿Quieres venir a tomar un jugo a casa? —preguntó Aixa con aquella honestidad que me hizo sonreír.

Corinne me miró fijamente y en sus ojos se encendió algo oscuro, promesa de muchas cosas. Parpadeó y aquello se desvaneció. Sonrió a mi hija, pero la sonrisa no alcanzó sus ojos.

—Tal vez otro día junto con Ingrid. Pero gracias, Aixa.

Poco después se alejó con Coco y, minutos más tarde, vi su coche salir del edificio. Los cristales estaban demasiado tintados para distinguirla, pero podía sentirla, como si hubiera desarrollado un sexto sentido para detectarla.

Días después, en el supermercado, la casualidad quiso que nos encontráramos de nuevo. Era como si alguna deidad aburrida se

empeñara en cruzarnos constantemente, disfrutando de verme perder los nervios. Revisaba las frutas cuando la vi con su carrito, seria y distante, pero con un brillo indescifrable en la mirada.

Me descubrí sonriendo y saludando con un «hola» al que respondió con una leve inclinación de cabeza. Breve, casi esquiva, pero suficiente para que mi corazón se agitara. Su actitud contrastaba con la de siempre, más abierta y coqueta.

Esa noche, mientras Aixa dormía, yo preparaba una cena sencilla cuando sonó el timbre. Era Ingrid, la vecina del 8A. Habíamos creado una especie de tradición: en lugar de escribir, venía directamente a buscarme. Me invitó a tomar algo en su apartamento. Activé la cámara de vigilancia en la habitación de Aixa, crucé el pasillo y, al llegar, allí estaba Corinne también, ya instalada con una copa en la mano y esa mirada entre fría y curiosa que tanto me descolocaba.

—He comprado un vinito que está delicioso. Ven, Aly, pruébalo —exhortó Ingrid, acomodándose en la terraza y sirviendo una tercera copa.

—Gracias, pero no bebo.

—¿En serio? ¿No te gusta el vino? Creo que tengo cerveza en la nevera.

—No, no es eso. No bebo alcohol en general.

El gesto horrorizado de Ingrid me tomó por sorpresa. Nunca había reaccionado mal a nada de lo que dijera, y temí haber arruinado nuestra incipiente amistad.

—Lo siento, no quise ser descortés al rechazarte.

—¿Por qué te disculpas? —intervino Corinne. Su voz sonó más dura de lo habitual—. No has hecho nada malo.

—Yo… lo sient… —respiré hondo, organizando mis palabras—. No quería ser grosera. Pensé que había herido los sentimientos de Ingrid, por eso pedí disculpas.

—No deberías disculparte tan a la ligera, no sin razón —sentenció Corinne—. Sólo expresaste tus gustos. Si alguien se ofende por eso, es problema suyo, no tuyo.

Me estaba regañando, pero sus palabras no eran hirientes, pese al tono severo. Asentí en silencio.

—Mi reacción fue exagerada, la culpa es mía —intercedió Ingrid—. Pero aún no me creo que no bebas nada. Eso es un sacrilegio.

—Nunca lo hice, no me llama la atención.

—¿Quieres decir que nunca lo probaste? —preguntó Corinne.

El calor me subió al rostro. Justo entonces, mi mente me traicionó con recuerdos de los ruidos provenientes de su apartamento en las noches. Cosas que nunca había probado… y que, hasta hacía poco, creía que no me gustaban.

—Lo que Corinne quiere decir —añadió Ingrid— es que no puedes estar segura de nada hasta experimentarlo por ti misma.

—Román me decía que la cerveza engordaba, que el vino daba insomnio, migraña y hasta cáncer. —Me encogí de hombros—. No me atrae.

—La otra noche también mencionaste que Román te prohibía hacer otras cosas. ¿Es tu padre o tu marido? —preguntó Corinne, con voz más baja pero mucho más amenazante.

—Es mi esposo. Lo conocí a los dieciocho y él tenía treinta y tres. Llevamos toda la vida juntos. Es normal que me fíe de su palabra —me defendí, sorprendida de mi propio tono impulsivo.

Corinne bufó.

—Será tu vida, pero él ya tuvo tiempo suficiente para vivir la suya antes de conocerte.

—Lo que Corinne quiere decir —volvió a suavizar Ingrid— es que tu esposo ya descubrió lo que le gusta y lo que no. ¿Él no bebe nunca?

Negué. Román sí bebía, a veces demasiado. Un escalofrío recorrió mi espalda al pensarlo.

—Entonces deberías ser capaz de descubrir por ti misma lo que te gusta y lo que no. Nadie te está obligando. —Me tendió la copa—. Si no quieres, más vino para nosotras.

Cometí el error de mirar a Corinne. Puede que Ingrid no me estuviera forzando, pero la mirada desafiante de Corinne exigía que demostrara que mis decisiones eran mías y no prohibiciones de Román. Acepté la copa, llevé el cristal a los labios y bebí.

No sabía qué esperar, pero el sabor dulce y afrutado me sorprendió. Al alzar la vista encontré la sonrisa arrogante de Corinne y los ojos brillantes de Ingrid.

—Está bien —murmuré, negándome a darle la razón con palabras.

El resto de la velada transcurrió entre risas suaves, conversaciones a medias y silencios cómplices. Aquella copa de vino se transformó pronto en una rutina que volvía más llevaderas mis noches de soledad.

CAPÍTULO 5

Corinne

Lo odiaba. Le tenía desprecio a un hombre al que no conocía, al que no podía ponerle un rostro para hacer más fácil mi rencor.

Hacía algunas semanas que el apartamento de al lado se había ocupado; apenas unas semanas desde que la conocía y, aun así, ahora era todo lo que ocupaba mi mente. Desde el primer momento en que vi sus ojos, leí sufrimiento, soledad. Había atendido demasiados casos de violencia doméstica como para no reconocer los patrones: mi vecina era incapaz de mirar a los ojos a nadie, apenas levantaba la cabeza, sumisa, asustadiza, dócil.

Me dolía verla privar al mundo de esos hermosos ojos verdes. No lo conocía, pero el sentimiento de protección que me atravesó el pecho fue instantáneo. Sabía que cuando Ingrid la viera la tomaría bajo su ala: mi amiga era así, incapaz de apartarse de alguien roto. Yo decidí estar ahí también, presente como otra amiga, quería ofrecerle mis manos en caso de que las necesitara. Lo que no imaginé fue deslumbrarme tanto con ella.

No era solo su belleza: era la forma en que, día a día, sus ojos se volvían más curiosos, atentos a todo lo que la rodeaba; la manera en que su voz se alzaba apenas unos decibeles, perdiendo poco a poco el miedo.

Odiaba verla sobreanalizar cada palabra antes de pronunciarla, observar con detenimiento el ambiente para asegurarse de que su comentario no había provocado una reacción adversa. Sabía quién era el culpable de todo eso: él. Y por eso lo odiaba, aun sin

conocerlo. Él la había hecho sentir tan poca cosa que terminó creyéndolo. La había moldeado durante años, prohibiéndole experimentar, descubrir, disfrutar. La había reducido a una sombra.

O, al menos, lo había sido.

En las últimas semanas noté un pequeño cambio en ella. Tal vez no fuera gran cosa, pero era el primer paso, y me sentía orgullosa de verla avanzar, aunque no de tan cerca como había planeado. Esta atracción no estaba en mis planes, y debía mantener cierta distancia.

Intenté seguir con mi vida, intenté continuar viéndome con Rosset y disfrutar de nuestro tiempo a solas.

La frustración sexual y mi atracción por Alya me pusieron en un humor tan sombrío que, en ocasiones, ni yo misma me soportaba.

Necesitaba distraerme, sacarla de mi cabeza, olvidarla. Mis listas de reproducción en Spotify se convirtieron en el lamento constante de una mujer dolida. Descubrí que internet está lleno de canciones tristes y de desamores. Y como si el cielo, mi música y las redes sociales se hubieran aliado en mi contra, todo me recordaba a Alya, todo me hablaba de Alya.

Olvidarla era la meta. Solo que era más fácil decirlo que hacerlo.

CAPÍTULO 6

Alya

Mi esposo regresó sin previo aviso. Ni una llamada, ni un mensaje. Sólo apareció en la puerta con una botella de vino y una expresión que intentaba ser cálida, aunque sus ojos no podían esconder el cansancio… ni la distancia.

—Te extrañé —murmuró, como si esas dos palabras pudieran tapar el silencio de las últimas semanas.

Le sonreí. Porque era más fácil. Porque aún no encontraba el valor para decirle que ya no lo esperaba, que ya no lo extrañaba, que, a veces, lo único que me lo recordaba era la alianza en mi mano.

Esa noche, después de acostar a Aixa, nos quedamos solos en la sala. Apenas hablamos. Él puso música suave y sirvió una copa de una de las botellas que me había regalado Ingrid. Me miró extrañado el ver el alcohol en casa, pero no dijo nada. Mejor así; no quería darle explicaciones, no quería pensar en cuánto le disgustarían. La conversación fue forzada, casi incómoda.

Habló del trabajo, de tareas, de una reunión familiar de la que ni me había informado ni invitado. No preguntó cómo me sentía en el nuevo apartamento, si me había adaptado al cambio de país, de idioma. No lo hizo porque sabía que ese tema nos llevaría a la verdadera razón de nuestra mudanza: las promesas vacías de cambio y compromiso que se habían quedado olvidadas en las losas grises del piso de Madrid. Luego me tomó de la mano y me guio al dormitorio. Yo no dije que no. No dije nada. Solo lo seguí, como un objeto dispuesto a ser usado.

Me besó el cuello con cierta ansiedad. Su lengua recorrió mi piel con movimientos mecánicos, aprendidos. Me desvistió sin delicadeza, como si fuera una rutina, como si mi cuerpo no hubiese cambiado, como si nunca hubiera aprendido nada de mí, como si yo siguiera siendo la misma chica de dieciocho que lo esperaba con deseo.

Me recostó y se colocó encima, sin preguntar, sin mirar realmente. Su pelvis se movía con urgencia yo cerré los ojos para no estar ahí. Pensé en la lista del supermercado, en lo que cocinaría mañana. Forcé algunos gemidos, algunas palabras que lo hicieran creer que hacía un buen trabajo.

Cuando noté que estaba por terminar, solté un gemido falso, suave, creíble. Me escuché fingir como una actriz mediocre.

Él suspiró satisfecho y se levantó.

—Voy a darme una ducha —dijo con voz ronca, acariciándome apenas el muslo.

Asentí, aún recostada, mirando el techo como si escondiera alguna respuesta.

Apenas escuché el agua correr en el baño, me levanté, me puse la camisa vieja con la que solía dormir. Fui hasta la cómoda, saqué el pequeño vibrador y caminé descalza hasta la terraza. Cerré la puerta de cristal detrás de mí y me senté en una de las sillas y subí una pierna en la baranda.

La noche estaba tibia y el aire, espeso. Me bajé la ropa interior y apoyé la otra pierna en el banco de madera. Cerré los ojos y deslicé el vibrador entre mis muslos. No buscaba nada romántico: sólo quería sentirme viva por un instante.

Y entonces la vi.

Corinne.

Estaba en su terraza, justo al lado de la mía. Tenía una copa de vino en una mano y un cigarro en la otra. Su cabello suelto brillaba bajo

la luz del farol, y sus ojos dorados... estaban fijos en mí y en lo que hacía.

Mi respiración se cortó. Congelada, con el vibrador aún entre las piernas, me encontré con esa mirada. Ella no se inmutó. No apartó la vista. No parecía sorprendida ni incómoda. Solo me observaba, seria, como si me hubiera estado esperando.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo: vergüenza, deseo, adrenalina. Todo al mismo tiempo. Me sentí desnuda, expuesta... deseada.

Y no me detuve

—¡Alya! —gritó mi esposo desde el baño—, ¿me pasas una toalla?

Me giré de golpe, el corazón latiéndome en la garganta. ¡Mierda!

En un acto reflejo, lancé el vibrador hacia la terraza de Corinne. Sentí cómo golpeaba el suelo de cerámica al otro lado. Ella lo miró… y luego me miró a mí con una ceja arqueada y una leve sonrisa ladeada.

No dijo nada.

Solo alzó la copa en un gesto lento, como brindando por mi desastre… o por el espectáculo.

Me tragué un grito y corrí dentro del departamento, el rostro en llamas, el cuerpo temblando.

No sabía si quería llorar, gritar o esconderme para siempre.

Pero tenía algo claro:

Corinne Beaumont era un problema. Uno hermoso, peligroso e inevitable. Y solo me hacía querer huir… aunque aún no supiera hacia dónde.

CAPÍTULO 7

Corinne

El primer sonido fue el de una maleta arrastrándose por el pasillo.

Después, su voz.

Grave. Monótona.

El esposo de Alya había vuelto.

Me serví una copa apenas crucé la puerta, como si el vino pudiera disolver el nudo que me apretaba el estómago. No era que esperara algo con Alya… al menos no de forma consciente.

Entonces llegó lo otro: un sonido amortiguado por las paredes, apagado, pero inconfundible.

Gemidos.

Ella.

Apuré la copa con más prisa de la necesaria y salí al balcón con un cigarro colgando de los labios. Necesitaba aire. Necesitaba fingir que no estaba escuchando cómo él la tocaba. Como si pudiera ignorar que esa mujer —la de las manos nerviosas y los ojos tristes— habitaba mi mente desde hacía días.

El muy cabrón había regresado. Sin flores. Sin alegría. Esa tarde la escuché hablar con su hija; su voz sonaba cansada, pero aún dulce, esforzándose por fingir felicidad.

¿Y yo?

Yo intentaba mantener la distancia. Aunque la verdad era que me sentía atraída hacia ella como la marea hacia la luna.

Nunca fui de las que persiguen mujeres casadas. Tenía mis historias, mis atajos, mis huidas. Pero con Alya era distinto. Había algo en ella que me desarmaba: una mezcla imposible de fragilidad y resistencia. Como si gritara «me estoy rompiendo» y al mismo tiempo «he sobrevivido»

Entonces pasó.

Ella apareció en su balcón, sola. Sin sostén, con una camiseta de algodón y el cabello rubio revuelto con un brillo rojizo que danzaba en él. Sostenía algo en la mano… pequeño, rosa. Lo supe al instante.

Me quedé inmóvil. La copa a medio camino. El cigarro entre los dedos, olvidado.

Y ella…

Dios, ella comenzó a moverse con una delicadeza feroz. Los ojos cerrados, la boca entreabierta, la pierna apoyada en la baranda. Era deseo puro, vulnerabilidad cruda. Estaba vaciándose frente a mí sin saberlo.

Hasta que me vio.

Y entonces todo se congeló durante un segundo.

Sus ojos se abrieron, enormes, con una mezcla de horror, sorpresa y… ¿deseo? Esa mirada me atravesó. No fue poder lo que sentí, sino el privilegio de haber visto algo real, algo íntimo.

No dije nada.
No me moví.
Sólo la miré.

Y luego… el consolador voló hacia mí. Literalmente.

Cayó en mi balcón con un sonido seco y cómico.

Ella desapareció al instante.

Reí en silencio. Brindé por ella. Por su caos. Por su deseo. Por la certeza de que, aunque lo negara —o aún no lo supiera—, también me estaba buscando.

Esa noche no dijo nada.

Tampoco al día siguiente.

Ni al otro.

Desde entonces, me evitó.

En el ascensor miraba al suelo, en el pasillo fingía revisar el móvil. Cada vez que Aixa venía a jugar con Ingrid y Coco, Alya inventaba alguna excusa para no ir. Había vuelto a ser la mujer sumisa de los primeros días, y la odiaba.

Pero yo no decía nada.

Fingía no haber visto nada.

No era el momento.

Lo único que no podía controlar era a su hija.

Aixa venía a buscarme con frecuencia. Tocaba mi puerta con esos ojos gigantes y su vocecita entusiasta:

—¿Puedo jugar con Coco? ¿Puedes peinarme como princesa otra vez?

Al principio, Alya se disculpaba. Decía que no quería molestar, que sólo sería un ratito. Luego empezó a quedarse en la puerta mientras Aixa jugaba. A veces incluso entraba, tímida, y se sentaba en la esquina del sofá, como si no supiera dónde poner las manos. Espiaba a su hija… y a mí, por el rabillo del ojo.

Un viernes por la tarde estábamos en casa de Ingrid, nuestro ritual no escrito. Ella preparaba té helado con rodajas de naranja y menta. Aixa correteaba con mi perro, y Alya fingía leer una revista. Yo también fingía estar distraída. Pero la sentía. Siempre la sentía.

Llevaba una blusa blanca, suelta, que dejaba entrever su clavícula, y un pantalón corto de lino. Nada especial. Pero en ella… parecía una declaración.

Ingrid salió a atender una llamada, y quedamos solas.

Aixa se había dormido abrazada al perro en el sillón.

Alya cruzó la mirada conmigo.

Me sostuvo.

—Gracias por ser tan buena con Aixa —murmuró—. Contigo se ríe. Se siente libre.

—Es una niña increíble. Tiene tu luz —le respondí.

Ella se tensó. Y luego sonrió, pero la sonrisa era frágil, como hecha de cristal fino.

Guardé silencio. Sentí que el aire se espesaba entre nosotras.

—Lo siento —susurró rápido—. Por lo de aquella vez… cuando me viste…

—No tienes que explicarte —la interrumpí, suave—. No voy a juzgarte.

Sus ojos se llenaron de algo parecido al alivio… pero también al miedo.

—Él volvió —dijo, casi para sí misma—. Pero sigue distante. Dice que tiene mucho trabajo. Yo ni siquiera sé si lo extraño. A veces… ya no sé lo que quiero.

Podría haberme acercado. Podría haberle dicho tantas cosas. Pero no lo hice. Sólo rocé su mano. Un toque breve.

Ella se sobresaltó como si hubiera sentido una descarga.

Y entonces Aixa se removió en el sofá, abrió los ojos y gritó:

—¡Quiero vivir con Coco y contigo, Corinne!

La tensión se quebró Alya se sonrojó. Me miró. Bajó la vista.

Yo me acomodé en el sillón, le serví más té y sonreí.
Quizás no era el momento.
Pero algo estaba creciendo.

Ella aún no lo entendía.
Pero yo sí.
Porque ya me había pasado.
Porque me estaba pasando ahora.

Y lo único que quería era tocarle la mejilla, decirle que no estaba loca, que no era pecado, que había más luz del otro lado del miedo.

Pero no lo hice.
Sólo le sostuve la mirada.
Y la dejé ir.

Por ahora.

Aún no estaba lista

Y yo estaba dispuesta a esperar

Aunque doliera.

CAPÍTULO 8

Alya

Hacía más de una semana que Román había vuelto a casa, trayendo consigo todo lo que no echaba en menos: la asfixia, los nervios, la incertidumbre de cuál sería el próximo detonante. Sus comentarios pasivo-agresivos «por mi bien» me pesaban como piedras.

Los primeros días fueron difíciles. No sabía cuánto me había acostumbrado a mi rutina con las chicas hasta que la vi interrumpida. Se acabaron las noches de chismes y conversaciones hasta tarde; Román llegaba cansado del trabajo y me quería ahí, poniéndole la mesa, acompañándolo a cenar aunque yo ya no tuviera hambre.

Él nunca preguntaba qué quería hacer. Daba por hecho que prefería quedarme a su lado, como si no tuviera mente propia, como si no fuera capaz de tomar mis propias decisiones.

Ingrid vino a visitarnos la semana siguiente y lo conoció. El ambiente estaba cargado, y no entendía por qué. Ella no fue tan efusiva como solía; se mantuvo callada, cuando yo ya me había acostumbrado a escucharla parlotear sin cesar.

Me acompañó en la cocina mientras preparaba la cena, y Román, desde el sofá, fingía ver televisión, pero sus oídos estaban puestos en nosotras.

—¿Entonces te apetece ir con nosotras? —preguntó Ingrid.
Parpadeé, perdida. No había escuchado nada. Ella sonrió ante mi desconcierto.

—El concierto, Alya. Este fin de semana viene mi grupo preferido. Teníamos tres entradas porque Corinne iba a llevar a Rosset, pero ya no están juntas. Así que nos sobra una.

—Está bien, iré. Hablaré con mi madre para que quede con Aixa. —Sentí la mirada de Román clavarse en mí, fría, dura, pero me negué a devolverla. Ingrid dio unas palmaditas, feliz.

—Perfecto. Te paso una playlist con toda su música. Mañana iremos a comprar los pijamas que nos pondremos…

—Espera, ¿qué pijamas? —pregunté.

—El dress code de la gira es ir en pijama.

—No, no cuentes conmigo para eso.

—Son de cuerpo entero, nada revelador. Yo quiero uno de gatito. Anda, anímate.

—No, puedo vivir la experiencia sin pijamas. —Ingrid hizo un puchero, pero terminó cediendo.

—Bien, entonces prepara equipaje. Sólo una muda de cambio. Viajamos el sábado por la mañana, el concierto es en la noche y volvemos el domingo.

Maldije en silencio. No había imaginado que implicaba viajar y pasar la noche fuera. Nunca había hecho algo así. Mi mirada buscó la de Román; ya me esperaba, rígido, con gesto de desaprobación.

Ingrid lo notó al instante.

—A usted no le molestará que Alya salga una vez con sus amigas, ¿verdad? —su tono era dulce, pero afilado.

—Para nada. Alya puede salir siempre que quiera y adonde quiera —respondió él.
Mentira. Cuando mi editora me pidió viajar a Latinoamérica para una firma de libros, me lo prohibió alegando que eran países peligrosos

—El caso —prosiguió— es que no es una simple salida. Pasará la noche fuera, dejando sola a su hija. Eso no es propio de una buena esposa ni de una buena madre.

—¿En serio? —replicó Ingrid, sonriendo helada—. Su hija no estará sola: se quedará con su abuela. Y en última instancia la tiene a

usted, ¿o es que acaso no es capaz de cuidarla unas horas? Además, usted viaja constantemente. ¿No acaba de regresar de un largo viaje?

—Eso es distinto. Yo estaba trabajando, no de fiesta.

—¿Y en esas semanas nunca salió con sus colegas? ¿Nunca mató la soledad con una copa? Su esposa pasa los días cuidando de la casa y de su hija. No veo nada de malo en que se tome un respiro.

Román apretó los labios. No había manera de ganar contra Ingrid. Al final murmuró un escueto:
—Está bien.

Cuando Ingrid se fue, Aixa salió de su habitación. Román, que apenas le había dirigido palabra desde su regreso, la sentó en sus piernas y acarició su cabello.

—Mi pequeña… papá te va a extrañar mucho. Venía ilusionado de pasar tiempo contigo y con tu madre en familia, pero ahora tendrás que ir con la abuela. Yo quería llevarte al parque, enseñarte a andar en bicicleta.

Aixa lo miró confundida, luego buscó mis ojos.

—¿Por qué voy a casa de la abuela?

—Porque tu mamá prefiere viajar con sus amigas antes que estar en casa con nosotros —se adelantó Román.

—¿A dónde van, mamá?

—Ingrid me invitó a un concierto con Corinne. No te preocupes, cariño. Me voy el sábado y el domingo ya estaré aquí. Ni notarás mi ausencia.

—¿Al concierto de Morat? —preguntó, y sus ojitos brillaron. Corrió hacia mí, olvidando a su padre—. ¡Mamá, graba muchos videos! Martín es mi preferido, como el de la tía Ingrid.

—Lo haré, amor. Ahora ve a lavarte las manos, ya vamos a cenar.

Cuando se fue, Román rugió desde el sofá:
—¿Todo esto te parece bien? Te dejo sola y terminas rodeada de una

machorra y de una grupi salvaje. Hasta intentan meter a nuestra hija en sus tonterías. ¿Qué tienes en la cabeza, Alya?

—No las llames así. —Se levantó, acercándose.

—¿En serio? ¿Y encima las defiendes? Son mala influencia. Mira esa botella de vino. Te están volviendo alcohólica. ¿Qué sigue, las drogas? Seguro que tu amiguita la grupi puede conseguir coca barata en su país.

—Eso es bajo y racista, Román. Son mis amigas y no puedes hablar así. —Me agarró del brazo con fuerza.

—¿O qué? ¿Qué harás para callarme? Por Dios, mírate. Dos marginadas te prestan un poco de atención y ya crees tener agallas. Cuidado, Alya. Yo soy comprensivo, pero tengo mis límites. Si sigues así, me vas a perder. Y dudo que alguien más te aguante: eres aburrida, insípida. Tal vez te follen dos o tres veces, pero luego te dejarán. Acabarás en la misma mierda en la que te encontré. Sé agradecida.

Bajé la cabeza. Guardé silencio. No quería que Aixa escuchara más. No quería que la tensión subiera.

—Bien, así me gusta. —Puso una mano en mi cabeza. Antes pensé que era una caricia. Ahora lo entendía como un recordatorio: *Mira al suelo. Esa es tu posición. No pienses. No hables. No decidas. Sólo obedece.*

Y eso hice.

CAPÍTULO 9

Alya

Román finalmente me permitió asistir al concierto. «Para no tener que escuchar los reclamos de la salvaje», dijo, y esta vez no lo corregí. Aún tenía los moretones en el brazo y, la última vez que los miré, tenían un feo color morado. Me sentía culpable por la forma en que mi esposo hablaba de mis amigas y, cuando finalmente salimos del edificio para tomar el taxi, la vergüenza era tal que no era capaz de mirarlas a los ojos.

—No le caemos bien a tu esposo, ¿verdad? —dijo Ingrid, tomándome por sorpresa.

—No es eso. Yo… él… creo que nadie le cae bien —logré responder finalmente.

Corinne, que llegaba justo en ese momento, bufó.

—Claro, pero nosotras especialmente no le caemos nada bien: la machorra y la salvaje. Así fue como nos llamó, ¿no?

Finalmente levanté la vista y la miré. Hacía días que, milagrosamente, no coincidíamos y había extrañado nuestra interacción. Sin embargo, en ese momento desee no haberla vuelto a ver, por dos razones. La primera, porque me moría de vergüenza de que supieran lo despiadado que podía ser Román con las palabras; la segunda no tenía nada que ver con él, sino con Ella. Por primera vez, Corinne no estaba usando su atuendo oficial de abogada. Llevaba un conjunto de chándal negro con capucha, que había subido hasta la cabeza, y unas gafas de sol oscuras que me impedían ver sus hermosos ojos zafiro. La Corinne elegante era

hermosa, pero la Corinne casual resultaba arrebatadora. Parecía más joven, despreocupada, accesible.

Mi cerebro decidió concentrarse en otra cosa que no fuese Ella y retomé el hilo de la conversación

—¿Cómo sabes…?

—La insonorización en este edificio es una mierda. Más aún si dejas la puerta de tu terraza abierta y nosotras estamos en la mía.

«Nosotras». Comprendiendo sus palabras, me giré hacia Ingrid.

—Lo siento muchísimo. Quiero que sepas que no estoy para nada de acuerdo con él y que no pienso nada de eso de ustedes.

Ingrid me tomó de las manos.

—Lo sabemos, Aly. Y también debes saber que él tampoco nos cae nada bien. El sentimiento es mutuo, pero por respeto a ti no lo vamos a ofender en tu presencia. No queremos ponerte en una situación complicada, aunque eso no quiere decir que no lo maldigamos cuando tú no estés.

Sonreí por fin, relajándome un poco. Era inmensamente afortunada de haberlas conocido y tenerlas como amigas. En ese momento lo comprendía.

El taxi finalmente llegó y Corinne fue la primera en subir, sentándose en el asiento del copiloto.

—Tengo las piernas demasiado largas para ir detrás —le dijo a Ingrid, ocupando su lugar sin mirarme.

Puede que Ingrid fingiera que no pasaba nada, pero Corinne no era así: solía dejar claros sus sentimientos todo el tiempo, y ahora era obvio que no quería tenerme cerca. Estaba enojada conmigo.

Montamos en el avión, partiendo del aeropuerto de Ginebra, y una hora y diez minutos después aterrizábamos en París. Corinne se sentó en el extremo contrario al mío, intercambiando asiento con Ingrid. No habló en todo el trayecto ni en el aeropuerto ni durante el vuelo. Empezaba a sentirme mal. Nunca había estado tanto tiempo sin hablarme y menos estando juntas durante horas. Ingrid, como

siempre, se encargaba de mediar entre nosotras y animar el ambiente… hasta que llegamos al hotel y no pudo más.

—Escúchenme bien, ambas. Las quiero muchísimo, pero llevo meses esperando este concierto y no pienso permitir que sus malas vibras me arruinen un momento tan especial y único en la vida.

—¿Qué «único» estás hablando? Si tenemos entradas para el concierto de Ginebra el próximo mes —me giré, sorprendida, hacia Corinne.

—¿Hay otro concierto más cerca de casa? Entonces, ¿por qué vinimos hasta acá? Y no solo eso —volví la cabeza hacia Ingrid, que ya se escabullía de la habitación—, me hiciste creer que esta era una sola oportunidad en tu vida.

—Bueno, ese ahora no es el tema —salió por la puerta y la cerró detrás de sí. Luego gritó desde el exterior—: Ambas se van a quedar ahí dentro hasta que resuelvan sus problemas. Voy por algo de beber, regreso después.

—Ingrid, no te atrevas —gruñí, caminando hacia la puerta y girando en vano la manilla—. Ingrid, abre.

—Lo siento, Aly, pero ustedes deben resolver su mierda para que yo pueda disfrutar pacíficamente de mi viaje.

—¡Ingrid!

—No te molestes, esa debe ir llegando al restaurante.

Me di la vuelta. Ella estaba sentada sobre la cama, recostada sobre los brazos hacia atrás. Se había quitado las gafas de sol y la parte superior del chándal, quedando en una delgada camiseta blanca de mangas cortas que se ajustaba a su cuerpo. Tragué en seco comprendiendo por fin la situación: estábamos solas, en una habitación de hotel. Veía una nueva versión de Ella, con la que había estado fantaseando durante meses. Esto no era bueno. Era la receta perfecta para una catástrofe.

—Bien —comencé a caminar—, supongo que solo debemos resolver esto y entonces Ingrid nos permitirá salir.

Me detuve. La miré. Tenía esa mirada felina, orgullosa, como si sentirse superior y observarme en crisis le divirtiera. Volví a caminar: no me sentía capaz de sostener su mirada demasiado tiempo.

—Entonces comenzaré por disculparme…

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué te disculpas?

—Pues por lo que dijo mi esposo. Estuvo mal y me apena muchísimo que lo escucharan.

—Pero no lo dijiste tú. No deberías ser tú quien se disculpe.

—Lo sé, pero soy su amiga. Lo que dijo estaba mal y, aunque no estaba de acuerdo con sus palabras, aun así no pude detenerlo. No pude defenderlas.

—¿Por qué? —volvió a preguntar. Se sentó más derecha, su mirada aún más intensa, y yo me puse más nerviosa.

—Porque…

—Dime, Alya: si sientes que lo que tu esposo dijo estaba mal, si no estás de acuerdo con su opinión ni con su forma de pensar respecto a tus amigas, ¿por qué entonces te callas? ¿Por qué no te dejas oír?

«Porque le tengo miedo», grité en mi cabeza. Pero no podía decirlo, así que simplemente contraataqué.

—¿Y a ti qué más te da? ¿Por qué estás enojada realmente si no quieres que me disculpe?

—Estoy enojada por tu silencio, Alya. Por lo que me dicen tus ojos y tus labios no son capaces de articular —se levantó de la cama y en un par de zancadas estaba frente a mí—. Estoy enojada porque te estoy viendo marchitarte frente a mis ojos y no puedo hacer nada. Porque solo tú puedes cuidarte, elegirte… y no lo haces. Sigues ahí, en silencio, desapareciendo, y me frustra tanto escuchar tus gritos mudos de auxilio.

Sus manos acunaron mi rostro y pegó su frente a la mía. Estaba cerca, más cerca de lo que había estado nunca.

—Pero no puedo hacer nada si no les das voz, Alya. No puedo ayudarte si no me lo pides —suspiró, y sentí su aliento fresco acariciando mis labios—. Si no quieres realmente mi ayuda. Por eso estoy enojada: porque ni siquiera sé por qué me importa tanto, por qué este miedo a verte desaparecer me quita el aire.

En ese instante sentimos la puerta abrirse. Corinne me soltó de inmediato y dio un paso atrás, metiendo las manos en los bolsillos. Una sonriente Ingrid entró después.

—¿Entonces, todo listo? ¿Ya limaron sus asperezas? ¿Podemos disfrutar juntas del fin de semana?

—No sé de qué asperezas hablas. Alya y yo no tenemos ningún problema —respondió Corinne antes de salir de la habitación.

CAPÍTULO 10

Corinne

Había sido una mala idea, una completa tortura. Desde el momento en que la vi en la entrada del edificio supe que todo saldría mal. ¿Y qué hice? Vine de todas formas. Al parecer, tengo instintos suicidas o soy masoquista.

Tenerla al lado todo el maldito rato me estaba destrozando. Me picaban las manos por tocarla, por sentirla aunque fuese solo un poco. Y para rematar, me estaba comportando como una cretina, y ella pensaba que era su culpa. Lo cual, técnicamente, también lo era, pero no por las razones que ella creía.

Joder, Ingrid y yo lo habíamos escuchado todo desde el principio. Ella salió de su apartamento y vino de inmediato al mío a contarme lo del viaje y a pedirme que estuviera alerta. Coincidía conmigo: su esposo era un canalla y la maltrataba, y quería que estuviéramos disponibles por si Alya nos necesitaba. Así terminamos escuchando cada palabra.

Al principio había estado orgullosa de ella, por intentar defendernos. Pero luego, al oír el menosprecio con el que él le hablaba y las cosas que decía, estuve más segura que nunca de que aquel hombre era despreciable.

Deseaba haberme equivocado, aunque eso significara no tener jamás una oportunidad con ella. Deseaba que tuviese un matrimonio perfecto y que mis sospechas fueran infundadas. Pero hoy, cuando la vi recoger su maleta en el aeropuerto, noté el morado en su

brazo. Y supe que no era el caso. Una vez más había acertado… y aquello me estaba matando.

¿Cómo puedes mirar a los ojos a la mujer que te gusta y verla sufrir sin ser capaz de ayudarla? ¿Cómo soportas verla apagarse, forzar sonrisas y luchar por respirar? Porque era así: Alya se estaba ahogando con todo lo que no decía, con todo lo que sentía, pero que no era capaz de pedir.

Cualquiera podía notar sus sonrisas, su dedicación como madre. Pero, ¿alguien se fijaba en lo vacíos que estaban sus ojos? ¿En cómo se mantenían constantemente cristalinos, como si luchara todo el tiempo contra las ganas de llorar? No sé los demás, pero yo lo veía. Yo la veía, y era incapaz de ignorarla. Y eso me estaba matando por dentro.

Por eso me encontraba estresada. Por eso era incapaz de comportarme como siempre: bromista, ligera, coqueta.

El día se esfumó en un abrir y cerrar de ojos. Ingrid nos arrastró por todo París, haciendo turismo y tomando un millón de fotos. Una vez más, debí haberme quedado en el hotel; así no tendría que lidiar con tanta gente molesta. Pero, al final, me encontré siguiéndolas en silencio.

Cuando llegó la hora del concierto, regresamos al hotel para prepararnos. Habíamos alquilado solo dos habitaciones, por lo que Ingrid y Alya compartirían una.

Apenas llegué, entré al baño, preparé la bañera y llené una copa de vino. Necesitaba relajarme un poco. Yo también llevaba mucho esperando el concierto y quería disfrutarlo. Después de un rato en el agua, escuché un ruido afuera en la habitación: algo se había caído, seguido de una retahíla de maldiciones con ese acento colombiano que conocía tan bien, el que Ingrid solo usaba cuando estaba realmente enojada.

—¡Ay, gonorrea!

—Ingrid, ¿qué haces aquí? ¿Necesitas algo?

No respondió. Así que salí de la bañera y me puse la bata.

Fuera de mi habitación ya no había nadie. Tampoco nada. La ropa que había dejado encima de la cama para el concierto no estaba, lo mismo que mi maleta. Todas mis pertenencias habían desaparecido, excepto un horroroso pijama de cuerpo entero, con orejas y cola de gato, de color negro.

—Fait chier!

Salí en búsqueda de mi amiga con toda la intención de asesinarla. Pero, al abrir la puerta de su habitación, mi grito se interrumpió al ver el rostro de espanto de Alya, quien apenas tenía una toalla envuelta alrededor de su cuerpo. Frente a ella, en la cama, había otro horroroso pijama, pero este era naranja.

—Ingrid, devuelve mis cosas ahora mismo o…
—No está —me dijo la mujer semidesnuda frente a mí. Me concentré en mirarle los ojos. Era más seguro.
—¿Dónde está?
—No sé. Se fue, dejó esto y se llevó nuestras cosas —me extendió una nota.

Querida Alya, si estás leyendo esto es que acabas de salir del baño. Como habrás notado, tus pertenencias y el resto de tu ropa han sido decomisadas. Lo mismo sucede con las de Corinne. Como pueden ver, si quieren asistir al concierto solo tienen una opción: ponerse los pijamas. No se molesten en buscar tarjetas de crédito, teléfonos o pedir ayuda en recepción; lo tengo todo organizado. Su única opción es ponerse lo que les dejé preparado y acompañarme al concierto. Las espero en el Stade de France. En la recepción del hotel tienen las entradas y dinero suficiente para el taxi. Las amo y espero verlas pronto.

Posdata: calma a Corinne y convéncela de ir. Dile que se ve bien así. Seguro que eso es suficiente.

—C'est n'importe quoi!
—¿Qué haremos entonces?

Mis ojos regresaron a ella. Su largo cabello rubio caía húmedo a los lados, chorreando agua. Una gota resbaló desde su barbilla y descendió por el canal entre sus pechos. Mi traicionera mirada la siguió hasta perderse en la toalla. Tragué saliva y me obligué a

desviar la vista. Estábamos solas otra vez. Solas y casi desnudas. Era peligroso. Yo era peligrosa.

—Vístete —logré decir entre un gruñido y un gemido. Salí, azotando la puerta.

Regresé a mi cuarto y me serví otra copa de vino, que bebí de un trago. Luego otra. Finalmente me giré hacia el horroroso pijama. Maldita Ingrid. Maldito viaje. Maldita Alya. Y maldita yo por seguirlas hasta aquí.

Tomé la última copa y me vestí, lista para pasar, posiblemente, la peor noche de mi vida.

CAPÍTULO 11

Alya

El estruendo de la puerta resonó por toda la habitación después del portazo de despedida de Corinne. Estaba enojada, nunca la había visto así, como tampoco la había escuchado hablar en su idioma y ¡Dios! su voz en francés sonaba más sensual de lo que jamás imaginé.

Me giré hacia la cama. El pijama de ardilla me observaba como si fuera parte del plan maquiavélico de Ingrid. Naranja rojizo, suave, con una capucha que tenía orejitas puntiagudas y una cola acolchada que colgaba como un insulto en la parte trasera. Ingrid no sólo se había robado nuestra ropa… también se había llevado la poca dignidad que me quedaba.

Miré otra vez el pijama. El color me sonaba de otra vida. Me miré en el espejo: cabello rubio, largo y lacio. Suspiré. No tenía sentido pensar en eso ahora.

Apenas me puse la capucha sobre el cabello suelto, la puerta se abrió de golpe.

—¡¿Estás lista?! —espetó Corinne, sin siquiera mirarme—. Porque si vamos a hacer el ridículo, que sea rápido.

Me giré lentamente hacia ella

Su pijama negro de gato, con la capucha caída sobre los hombros, las mangas largas algo holgadas, el estampado de ojos felinos brillantes en el pecho y una pequeña cola que se movía con cada paso irritado. Pero no fue eso lo que captó mi atención, sino sus

mejillas encendidas y su mirada que, aunque furiosa, parecía luchar por no cruzarse con la mía.

—Estás… guapa —dije, sin pensar.

Corinne parpadeó. Luego me fulminó con la mirada.

—Voy a fingir que no dijiste eso.

Dio media vuelta y salió. La seguí en silencio hasta la recepción, donde la chica de turno nos observó con una sonrisa, que se borró de inmediato bajo la mirada feroz de Corinne.

—*Bonjour, il me semble que mon amie a laissé quelque chose ici pour nous* —dijo con su impecable acento.

La recepcionista pidió nuestros nombres y luego nos entregó un sobre blanco. Corinne lo abrió: dentro estaban las entradas y algunos billetes de cincuenta.

—Y si con esto compramos ropa, seguro conseguimos algo más decente. Luego nos vamos en metro —propuso Corinne.

Yo estaba a punto de decirle que Ingrid jamás nos perdonaría si no llegábamos con los pijamas que preparó, pero entonces la recepcionista habló en un perfecto español:

—Perdona que interfiera… ¿van al concierto de Morat? Pues, de hecho, varios huéspedes también asisten, y tengo entendido que esa es la vestimenta adecuada para la ocasión. —Y con un guiño añadió —: Además, te ves muy bien.

No sé qué se apoderó de mí en ese instante, pero entrelacé mi brazo con el de Corinne, le coloqué la capucha con orejas y respondí con dulzura:

—Lo mismo le estaba diciendo yo, pero no me creía. ¿Podrías llamarnos un taxi? No queremos llegar tarde… nuestra amiga sería capaz de asesinarnos.

La recepcionista sonrió profesionalmente y obedeció.

Corinne me miró con una ceja arqueada mientras bajaba la capucha. Yo bajé la vista hacia el punto donde nuestros brazos seguían

unidos. Una corriente eléctrica recorría mi cuerpo desde allí. Me solté de inmediato y murmuré un «lo siento».

Podría jurar que la vi sonreír de medio lado, pero desapareció tan rápido que dudé haberlo imaginado.

El taxi llegó pocos minutos después. Viajamos en silencio. Al llegar al estadio, nuestra extraña vestimenta dejó de parecer tan ridícula: casi todos llevaban pijamas, desde los más tiernos con formas de animales hasta algunos mucho más atrevidos. Era un espectáculo asombroso.

Encontramos nuestros asientos. Ingrid ya nos esperaba allí con carteles enormes que, honestamente, no sabía en qué momento había fabricado.

—¡Vinieron! ¡Y con los pijamas! —gritó emocionada, saltando en su sitio.

—¿Y es que acaso nos perdonarías si no lo hacíamos? —bromeé, dándole un codazo a Corinne para frenar las dagas invisibles que lanzaba con la mirada.

—Como si me lo fuera a perder… —gruñó Corinne.

—Ingrid, ¿no piensas presentarnos a tu amigo? —pregunté al notar al chico junto a ella, demasiado pendiente de nosotras.

—Ay, perdón. Chicas, este es Fito, un amigo del club de fans.

—Hola —saludó él, extendiendo la mano. Como Corinne no parecía dispuesta a responder, lo hice yo:
—Hola, soy Alya y ella es Corinne.

—Él me ayudó a hacer estos carteles —añadió Ingrid, radiante. En cada mano sostenía uno: el de la derecha decía *"Martín, ¿te quieres casar conmigo?"* y el otro:

MORAT, SOY FAN DESDE EL PRINCIPIO

¡3,631 días siguiéndolos sin fallar!

Recorrí 546 km sólo para verlos HOY

Gracias por cada letra, cada acorde, cada historia.

Corinne los miró con una mueca.
—Ni pienses que voy a sujetar algo de eso.

Ingrid le sacó la lengua y me pasó el cartel de la propuesta. Yo hice una mueca.

—Sabes que ella ya está casada y que su marido es un estúpido al cuadrado, ¿verdad? —dijo Corinne sin pizca de tacto, pero con toda la razón. No quería ni imaginar qué pensaría mi esposo si me veía sosteniendo eso. Al final, Ingrid me dio el otro cartel.

El concierto comenzó poco después. Me alegré de haber memorizado las canciones: el ambiente era mágico, la energía vibraba en cada rincón. De reojo, observé a Corinne; también cantaba con entusiasmo, mientras Ingrid gritaba como loca con el cartel en alto.

Seguí su ejemplo, aunque pronto me sentí exhausta. Apenas podía sostener el mío. Entonces sentí que desaparecía de mis manos: Corinne lo había tomado y lo sostenía por mí, en alto.

Descansa un rato —me guiñó un ojo.

Me puse roja. Aún no me acostumbraba a sus miradas juguetonas, pero había descubierto algo: me gustaban. Me hacían sentir viva. Y cuando se ponía demasiado seria… extrañaba ser el centro de su atención.

CAPÍTULO 12

Corinne

Quizá asistir al concierto no fue tan mala idea: Alya estuvo a mi lado todo el tiempo, aún sonrojada tras mostrar sus celos con la recepcionista, lo cual me resultó fascinante. El vino me había relajado lo suficiente para soportar tenerla tan cerca y controlar las ganas de tocarla, y un par de cervezas durante el concierto me dieron el valor de soltarme un poco.

Cuando la vi tambaleándose con aquel enorme cartel, se lo quité para ayudarla. Lo que no esperaba era que, apenas una canción después, Isaza se fijara en el cartel y me pidiera subir al escenario. Intenté pasárselo a Ingrid, pero el guardia de seguridad prácticamente me levantó en brazos y me llevó hasta la tarima.

El público gritaba, las luces me cegaban y los nervios estaban a punto de ganarme.

— Bueno, bienvenida. ¿Cómo te llamas?

— Corinne

—Entonces, Corinne, ¿eres fan de Morat?

—Lo soy… aunque el cartel realmente no lo escribí yo, sino mi mejor amiga, Ingrid. —Señalé hacia donde estaban ellas—. Ella fue quien hace algunos años me puso una canción suya, y terminé enamorada de su música.

—Pues muchas gracias a tu amiga Ingrid por tan lindo cartel, y gracias a ti por seguir nuestra trayectoria. Ahora, Corinne, ¿hay

alguna canción que quieras escuchar esta noche? ¿Alguna que signifique algo especial para ti?

Lo pensé apenas un segundo. Culpo al vino por la valentía repentina, pero sentí que era el momento de arriesgarme. Miré hacia Alya y, con el corazón acelerado, respondí:

—De hecho, sí. Hay una canción con la que me identifico totalmente ahora mismo: *El embrujo*.

El estadio estalló. La gente gritaba y aplaudía, pero a pesar del ruido y de las luces sentí que estábamos solas, ella y yo, cuando comencé a cantar.

Preferí ser tu amigo y callar

Evitarte no me funcionó

Y cuando otros te hicieron llorar

Yo te amaba por dentro

No hay nada que yo pueda hacer

sólo me queda hechizarte

A ver si logro atraparte

No es una opción olvidarte

Voy a obligar a la luna

a que no salga esta noche

Voy a inventar un hechizo

Que no deje que él te toque

Que haga imposible los besos

Que haga que no lo soportes

Para que nunca te vayas

Voy a hechizarte a mil voces

Viví cada verso desde lo más hondo, mirándola. Quería que supiera lo que sentía, que entendiera que era para ella. Estaba mal, lo sabía, era demasiado pronto… pero también sabía que no tendría otra oportunidad. Y lo hice.

Cuando terminé la canción, regresé a mi asiento. Ingrid me abrazó emocionada, pero Alya no dijo nada. Ni siquiera me miró. Clavó los ojos en el suelo, y en ese instante supe que la había cagado.

El tiempo pasó y el concierto siguió. Ingrid parecía cada vez más cómoda con Fito: reían, cantaban juntos, disfrutaban. Alya, en cambio, estaba seria. No volvió a sonreír, ni a mirarme, y aquello me ponía cada vez más nerviosa.

El concierto terminó. Regresamos en taxi al hotel. Ingrid y Fito ya habían cruzado la línea de la amistad: se besaban sin pudor, metiéndose la lengua como si el mundo no existiera, sentados justo a mi lado.

Cuando el auto se detuvo, Alya salió disparada hacia su habitación. Sabía que se encerraría y no volvería a verla hasta la hora de partir, así que me acerqué a los tortolitos.

—Toma, puedes usar mi habitación. —Le tendí a Ingrid la tarjeta de la puerta. Ella me miró arqueando una ceja. —Bueno… si no quieres.

No tardó en arrebatármela de las manos.
—Compórtate —me advirtió, antes de desaparecer con Fito.

Fui al bar del hotel. Pedí un par de copas de vino, necesitaba valor. Si iba a enfrentarme a Alya, más valía hacerlo rápido. Quizá con un poco de compasión por mi estado medio ebrio no me odiaría tanto.

No llamé a la puerta. Temía que me echara, y entonces ya no habría nada que hacer. Entré en silencio. La habitación estaba a oscuras, apenas iluminada por la pálida luz de la luna que entraba por las puertas abiertas del balcón.

Alya estaba allí, de pie, con una bata de baño y una copa de vino en la mano. Paris brillaba de fondo, enmarcándola como si fuera una

pintura. La escena era perfecta, pero su voz, cuando habló, me reveló que su ánimo no lo era.

—¿Te desterraron de tu propia habitación? —preguntó en voz baja.

—Eso podría decirse. —Me metí las manos en los bolsillos del estúpido pijama y caminé unos pasos hacia ella.

—Es hermoso, ¿verdad? —dijo sin apartar la vista de la ciudad.

—Sí, hermoso. —Yo tampoco la aparté de ella.

—Mi madre era francesa. Se enamoró de mi padre en un verano y lo siguió a Madrid. Al principio todo iba bien, pero cuando empezaron las dificultades y quedó embarazada, él salió a buscar trabajo y nunca volvió. —Una sonrisa amarga cruzó su rostro—. Cuando cumplí diecisiete, ella regresó a Francia. Decía que España solo le había traído desgracias y que quería empezar de nuevo. Había encontrado un apartamentico casi inhabitable en las afueras de París, mucho más caro de lo que podíamos pagar, pero insistía en que teníamos futuro allí. Tenía hasta un trabajo para nosotras. —Bebió un sorbo de vino—. Yo me negué. Nunca había salido de España, Bellacas era todo lo que conocía. Quería ir a la universidad, tenía sueños… Tuvimos una pelea horrible y ella se fue. Entonces odiaba París. ¿Te imaginas odiar esta belleza?

—¿Supiste algo de tu padre alguna vez? ¿O murió?

—Oh, no. Él está perfectamente bien. Se casó y crio a las hijas de otro hombre. Nunca le interesó conocerme, aunque vivía a menos de una hora de donde crecí. El día que descubrí eso me prometí que, si algún día tenía una hija, jamás le faltaría un hogar. Quería darle lo que yo nunca tuve: una familia estable, un lugar seguro.

—¿Y tú, Alya? ¿Eres feliz?

—Si mi hija es feliz, yo soy feliz.

—No te pregunté por Aixa. Te pregunté por ti. —Ella bajó la mirada hacia la copa, como buscando respuestas en el fondo del vino. Le alcé la barbilla suavemente, obligándola a mirarme—. Está bien que

te preocupes por tu hija, pero tú también importas. Va siendo hora de que lo recuerdes.

Lo siguiente que quise decir fue *a mí me importas tú*, pero me lo tragué. No era el momento. Fui una idiota al pensar que una canción bastaría para que viniera corriendo a mis brazos. Alya tenía demasiadas heridas abiertas.

Así que decidí esperar. Si lo único que podía darme ahora era su amistad, lo aceptaría.
Con tal de seguir a su lado, aceptaría cualquier cosa.

CAPÍTULO 13

Alya

La habitación está en silencio ahora. Después del concierto, de las risas, de los empujones entre la gente, de los gritos y las canciones coreadas a todo pulmón, este silencio es casi ensordecedor.

Estoy en bata, recién salida de la ducha. El vapor aún flota en el aire y mi piel conserva un leve cosquilleo cálido. Me siento en la orilla de la cama y paso los dedos por la colcha sin pensar en nada… o pensando en todo. En Corinne. En lo que me dijo hace apenas una hora.

—¿Eres feliz, Alya? —sus palabras siguen resonando, como si las hubiese susurrado recién en mi oído.

Suelto un suspiro largo, tratando de contener lo que me arde por dentro. No es tristeza. Es algo más turbio, denso. Como si alguien me hubiera arrancado una venda de los ojos y ahora, aunque me queme la luz, ya no pudiera ignorarla.

—Dios, necesito una ducha —dice Corinne, interrumpiendo mi espiral de pensamientos.

La miro. Todavía lleva puesto el pijama de gato que Ingrid nos obligó a usar. Es ridículo y adorable al mismo tiempo. Ella misma se tira del cuello del pijama como si la asfixiara.

—Esto debería ser quemado. ¿Sabes si en este hotel permiten fogatas en el balcón? —bromea, y su risa me arranca una sonrisa sin querer.

—Dudo que lo aprueben. Aunque… tal vez si le sumamos una buena excusa artística.

—«Ritual de liberación femenina», podríamos llamarlo —dice guiñándome un ojo antes de desaparecer en el baño.

El agua comienza a sonar y me quedo sola otra vez. Con mis pensamientos. Con su voz. Con sus ojos cuando me preguntó si yo también importaba. «Tu felicidad también cuenta, Alya.» Como si alguien hubiera empujado las paredes de mi jaula sólo un poquito, lo suficiente para que vea que hay más allá.

Cuando Corinne sale del baño, es como si el aire se evaporara.

Lleva una camiseta suelta que apenas le llega a medio muslo y el cabello mojado cayéndole en ondas oscuras por los hombros. Su piel brilla aún por el calor del agua, y hay algo en la forma en que camina, confiada sin pretenderlo, que me encanta.

Me enrojezco al instante. Me obligo a mirar hacia la televisión apagada. A nada.

—¿Te molesta si dejo que el pelo se seque así? —pregunta, mientras se pasa los dedos por el cuello. La tela de su camiseta se desliza un poco.

—No… claro que no. Estás bien así —murmuro, odiando cómo mi voz tiembla.

Ella sonríe y se mete del otro lado de la cama. Me alegro de que no haya incomodidad entre nosotras, que los eventos de hoy queden guardados en una cajita, ahora no soy capaz de procesarlos, lo mejor será ponerlo a un lado por el momento.

No hay colchones extra. No hay más almohadas en el suelo. No hay escape. Sólo estamos ella y yo, en una cama estrecha, donde cada centímetro cuenta, donde cada roce se siente como una tormenta eléctrica bajo la piel.

Intento no moverme, pero entonces ella cambia de posición y su muslo roza el mío. Es apenas un segundo, pero me recorre un

escalofrío que no tiene nada que ver con el frío, sino con lo que sentí al verla en ese escenario. *Ahora no, Alya* —me riño—, debo olvidarlo. Esa canción pudo ser perfectamente para cualquier persona. O tal vez para nadie.

Mentirosa

No puedo dormir. Sus respiraciones suaves, los ocasionales movimientos que hace al acomodarse… todo eso me mantiene en vilo. Mi cuerpo está demasiado consciente del suyo. Del calor que irradia. De su perfume, a medio camino entre lavanda y algo que sólo puede ser ella.

Cierro los ojos. Inspiro. Pienso en otra cosa. En el concierto. En Ingrid gritando con Fito. En mi hija. En Corinne cantando. *En Corinne cantándome*. ¡NO!

Corinne se mueve de nuevo y su mano roza mi cadera por accidente. Contengo el aliento.

No puedo seguir así.

Me levanto, voy al minibar y me sirvo otra copa de vino, al final va a ser que Román tenía razón y termino volviéndome una alcohólica. Me tomo otra y vuelvo a la cama cuando me siento medio mareada, bien, así lograre dormir.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que por fin el sueño me venza.

El avión va lleno, pero yo sólo veo una cosa: a Corinne, sentada a mi lado. Su brazo junto al mío. Su perfume flotando todavía entre nosotras, en mi cabello, en mi piel. Desperté esta mañana abrazada a ella, con mi pierna enredada en las suyas y mi cabeza sobre su pecho. No sé cómo terminé así; no soy de abrazar. Me escurrí al baño antes de que despertara y me aseguré de no salir hasta recuperar mi color original.

Ingrid, como siempre, no se calla ni un segundo. Hoy está peor: está emocionada y tiene demasiado que contar.

—Y entonces Fito me dijo que quiere que lo intentemos de verdad. ¡O sea, una relación real! ¿Pueden creerlo? Bueno, ya sé que ustedes dos están en otro *mood*, súper calladas desde ayer… Lo siento por obligarlas a dormir juntas, pero estoy muy feliz, chicas. ¡No me juzguen! ¿Y si nos hacemos un grupo de WhatsApp con nombre de pareja? ¿Tipo Ingrito o Fitrid? No… suena feo, ¿verdad? Bueno, ya se me ocurrirá algo mejor…

Su voz se convierte en un murmullo lejano. Todo lo que dice es sólo el fondo borroso de mi visión, porque mi foco está en Corinne. En cómo se recoge el cabello. En cómo me sonríe apenas, como si recordara también la noche anterior. Como si supiera que aún estoy temblando por dentro.

No digo nada. sólo la miro.

Román está en la puerta del edificio cuando llego.

—¡Sorpresa! —dice, con una sonrisa amplia mientras carga a Aixa en brazos—. La recogí de casa de tu madre. Está emocionadísima.

Mi hija aplaude, radiante. Tiene una mochilita con forma de oso y un gorro que le cubre media cabeza. Está hermosa. Tan feliz. Tan… inocente.

—¿Qué…?

—Vamos a Berna. A ver los osos. Lo planeé para hoy. No quería esperar más. ¡Familia reunida al fin!

No tengo energía. Estoy rota. Entre la tensión emocional, el avión, el aeropuerto… no quiero sentarme en un coche por horas. Pero entonces Aixa me toma la mano y grita:

—¡Mami, mami, vamos yaaaaa!

¿Cómo decirle que no? Miro a Ingrid y Corinne que entran al edificio con su equipaje y articulo un Adiós.

Me subo al coche. Román maneja, canta, bromea. Aixa ríe en el asiento trasero. Y yo sonrío también. Pero estoy distante.

Miro por la ventana y veo los árboles pasar.

Y entonces lo pienso.

Por primera vez, me lo permito de verdad.

¿Soy feliz?

Miro a Román. A Aixa. A nuestra familia en movimiento.

Y no sé la respuesta.

Pero sé una cosa: Quiero que importe. Quiero que mi felicidad cuente.

Y no sé si eso es el principio del fin o el comienzo de algo nuevo.

CAPÍTULO 14

Alya

Ha pasado una semana desde el viaje a París, y Román… milagrosamente, está bien. Demasiado bien.

Me acompaña a todas partes: a hacer la compra, al parque con Aixa, incluso se ofreció a venir conmigo al centro comercial «sólo a mirar». Nos ha llevado a cenar dos veces en la semana y hoy organizó un picnic a orillas del lago Leman, como en los viejos tiempos. Como cuando aún creía que todo esto podía funcionar.

Debería estar feliz. Agradecida. Debería sentirme afortunada de que, por una vez, él parece interesado en nosotras. Pero no puedo evitarlo… algo me chirría. ¿Por qué ahora? ¿Por qué todo este esfuerzo?
Y peor aún… ¿por qué, incluso con todo esto, sigo sintiéndome tan lejos de él?

Román está tumbado en la manta, riendo con Aixa, que insiste en darle cucharadas de yogur como si fuera un bebé. Y yo, con los pies descalzos sobre la hierba y la mirada perdida en el lago, intento no ahogarme en culpa.

Culpa por tener dudas.
Culpa por haberme sentido tan viva a su lado. A su lado. De Corinne.

Mi móvil vibra y el nombre de Natalia aparece en la pantalla. Es una videollamada. Me sorprende: ella casi nunca llama. Es más de mensajes o notas de voz y, con el tiempo, ya ni esos veo casi.

—¡Hola! —contesto con una sonrisa mientras acomodo el móvil para que nos vea. Aixa sale corriendo a jugar con una pelota.
—¡Pero mírenlos! Qué familia tan linda —dice con tono burlón—.

¿Dónde están?
—De picnic —respondo, intentando sonar relajada—. Pasando un rato juntos.
—Me alegra mucho verte así, amiga. Te hacía falta esto —dice. Luego pone las manos como si fuese a contar un secreto, aunque no baja mucho la voz—. Oye… quería contarte algo.
—¿Sí?
—Estoy considerando salir con Andrés.
—¿Andrés? —me cuesta ubicarlo, pero enseguida lo recuerdo—. ¿El compañero de trabajo?
—El mismo. Me invitó a cenar esta semana y… no sé. Estoy pensando que ya va siendo hora de abrirme un poquito. Elías tiene casi ocho años y yo… nada. Cero. Tú sabes.
—Pues claro que deberías, Nati. Te mereces amor también, no sólo ser mamá veinticuatro/siete. Hace muchísimo tiempo que no sales con nadie. Estaba comenzando a pensar que habías hecho voto de monja. También mereces divertirte.
—Gracias. A veces lo olvido —ríe. Luego su rostro cambia un poco de tono—. Hablando de ser mamá… Mami Rosa ha estado preocupada por Aixa.
—¿Qué? —frunzo el ceño.
—Dice que siente que la niña ya no pasa tiempo con su padre ni con la familia paterna. Que parece que tú te la llevaste a Francia para alejarla de ellos y sólo pensaste en ir con tu madre.
—¿Qué? ¡Eso no es así! —me tenso al instante.
—¡Lo sé, lo sé! —se apresura a decir—. Yo sé por qué te fuiste, Alya. Tú sabes que yo conozco la historia completa. Pero ellos no. Y claro, con la distancia y que no fuiste a la fiesta familiar del mes pasado…
—¿Qué fiesta?
—¿Cómo que qué fiesta? La del cumpleaños de la abuela Carmen. Fue hace dos semanas. Mami Rosa se puso malísima porque no fuiste, y tú ni siquiera escribiste.
—Nadie me dijo nada. Nadie me invitó —me defiendo, apretando la mandíbula.
—No digo que sea tu culpa, sólo que… así lo perciben. Y ya sabes cómo es la familia. Como amiga te entiendo, pero como psicóloga

infantil tengo que recordarte lo importante que son los vínculos familiares. Aixa tiene derecho a conocer y sentirse conectada con su familia paterna.

Respiro hondo. Miro a Román, que parece haberse enterado de la conversación. Tiene esa expresión hermética que me da rabia.

—Yo nunca he querido alejarla de nadie. Pero así como yo siempre la llevo a verlos, ellos también podrían hacer un esfuerzo. ¿No?
—Sí… sólo que ya sabes. A veces hay que dar más de lo que se recibe. Y ya sabes cómo son ellos, lo mejor que puedes hacer es ceder tú.

Asiento en silencio, sabiendo que tiene razón, pero sintiéndome atacada igual. Me despido con una sonrisa forzada y cuelgo.

Román guarda silencio un rato. Luego me lanza una mirada seca.
—¿Y ahora estás molesta?
—¿Por qué no me dijiste lo de la fiesta? —le pregunto sin rodeos.
—No era importante —responde, encogiéndose de hombros.
—¿No era importante? ¡Pero Natalia fue! Y ni siquiera es de tu familia.
—¡Natalia y su familia son amigos cercanos de mis padres desde hace años! Es normal que vayan a todo. Tú eres la que nunca ha hecho el esfuerzo por llevarte bien con ellos.

Sus palabras me golpean como un balde de agua fría.
—¿Perdón?
—¡Siempre lo mismo, Alya! Siempre tienes un problema con todo. Ahora mismo me estoy esforzando, me estoy portando bien, y tú vienes a arruinarlo todo con tus dramas.

Su voz se alza y la gente a nuestro alrededor comienza a voltear. Me encojo un poco, como si pudiera esconderme detrás del mantel de cuadros. Me arde el pecho. Me arden los ojos.

Aixa regresa corriendo con una piedra brillante en la mano y se detiene al ver nuestras caras.

—¿Qué pasa, mami?

Román le da la espalda y comienza a recoger todo.

—Nada, mi amor. Sólo que el picnic se acabó porque tu madre siempre encuentra cómo arruinarlo todo.

Siento una punzada profunda en el estómago. Me quedo congelada mientras él cierra el termo de café y guarda las frutas. Me siento invisible. Invisible y culpable de todo.

Y, sin embargo, muy en el fondo, esa vocecita de nuevo:

¿Esto es lo que merezco? ¿Esto es lo que quiero para mí?

Y el silencio con el que me responde mi propio corazón me duele más que cualquier grito.

CAPÍTULO 15

Alya

Han pasado tres días desde aquel picnic, y Román volvió a ser el mismo de siempre.

La máscara amable, servicial y cariñosa se cayó como si nunca hubiese existido. Ahora solo me habla para dar órdenes o lanzar algún comentario venenoso entre frase y frase. A veces ni eso. Simplemente nos ignora. A mí. A Aixa.

Las llamadas a deshoras regresaron. Los mensajes ocultos que chispean en su pantalla con una luz que no sé cómo interpretar. No me lo dice, pero no hace falta. El silencio me grita la verdad con una claridad brutal: infidelidad. Otra vez.

Y, sin embargo, aquí estoy, tragándome las lágrimas en silencio, convenciéndome de que no lo sé con certeza. Fingiendo que duele menos así, aunque no creo que sea la infidelidad lo que más me duele, sino el haber creído que algo podría cambiar.

Hoy finalmente se ha ido. Dice que es por trabajo. Pero mi instinto, ese que tantas veces he querido enterrar, me dice que miente. Otra vez.

Aixa está con mi madre por el fin de semana. Se la llevó anoche para mimarla y darle «un descanso a mamá». Y yo… estoy sola. Sola conmigo, con mi reflejo gris y mi cabeza llena de pensamientos que se retuercen y me susurran cosas que no quiero oír.

Hasta que Ingrid aparece.

—¡Bueeenas! —grita desde la puerta sin esperar invitación—. ¿Sabías que Fito viene esta noche? Vamos a salir. Fiesta. Música.

Cerveza. ¿Te apuntas?

—No —respondo sin pensarlo—. Estoy cansada. Quiero quedarme.

—¿Descansar de qué? —replica, cruzándose de brazos—. ¿De llorar en silencio? ¿De torturarte pensando en todo lo que hiciste mal? ¿De escuchar tus pensamientos decirte que estás sola y vacía, que no haces nada bien?

Levanto la mirada. Su voz no tiene tono burlón, sino firme. Demasiado sincera. Como una amiga de verdad.

—Necesitas aire, Alya. Salir al mundo, ver gente. Solo respirar.

No sé cómo, pero termino cediendo. Ingrid lo celebra con aplausos y saltitos como una niña. Me arranca una carcajada sin querer.

—¡Eso! ¡Ahora prepárate para la transformación de tu vida!

Desaparece a toda velocidad y, en menos de quince minutos, regresa con una bolsa cargada de ropa, maquillaje y tantas cosas para el pelo que parecía una peluquería andante.

Horas después, estoy frente al espejo.

No me reconozco.

El vestido negro me abraza como una segunda piel. Muestra lo suficiente para que mis curvas hablen por mí, pero no tanto como para sentirme desnuda. Los zapatos de tacón son intimidantes, pero mi cuerpo, en automático, los domina como si lo hiciera todos los días.

El maquillaje que Ingrid me ha puesto resalta mis ojos, mi boca, mis pómulos. Me veo bien. Me siento bien.

Me siento otra.

Salimos del edificio y, al ver el taxi estacionado, mi estómago se contrae. Corinne está allí. Apoyada contra la puerta, con los brazos cruzados. Fito a su lado, sonriendo.

Ella me mira. Me recorre con los ojos de arriba abajo.

Y aprieta la mandíbula. Parece… ¿molesta?

Se sube al asiento delantero sin decir nada. Ni una palabra. Ni un saludo. Nada.

Mi pecho se aprieta. Me siento estúpida.

La disco está llena. Música latina, luces tenues, gente vibrando con cada beat. Ingrid ha reservado una mesa y nos sentamos. Fito pronto se va a saludar a unos conocidos, y Corinne se acomoda en el extremo más alejado de mí, dejando a Ingrid como muro humano.

La indiferencia me golpea más fuerte que cualquier grito. Me arde.

Así que bebo.

Y bebo más.

Empiezo a sentirme ligera, casi flotando. Ingrid también se levanta y terminamos bailando juntas, riéndonos, moviéndonos con el ritmo. Me dejo llevar. Al mirarme al espejo decidí no solo verme diferente, sino comportarme como otra. Otra Alya, una que no siempre está triste, que no tiene problemas, que sale un sábado por la noche con sus amigas, que bebe, que se divierte.

Pero cada tanto, mis ojos regresan a ella.

Sentada sola, con una copa entre las manos, hermosa sin esfuerzo. Y todos lo notan. Uno tras otro se acerca. Hombres, mujeres. Sonrisas, halagos, invitaciones. Ella los ignora con la misma frialdad con la que me ignora a mí.

Hasta que llega otra chica. Me resulta conocida y me toma unos segundos atravesar la neblina en mi cabeza para recordarla.
Rosset.

La misma del ascensor. La de aquella primera vez que sentí celos sin entender por qué.

Rosset se sienta junto a Corinne y le habla demasiado cerca. Se ríe, se inclina, le roza el brazo con los pechos. Y Corinne no la detiene. No la empuja.
Algo dentro de mí explota.

Me acerco al DJ y le pido una canción: *Into You*, de Ariana Grande.

Cuando suena la primera nota, me subo a la barra.

No pienso. Solo actúo. Solo siento.

El mundo se detiene mientras canto el estribillo con voz temblorosa, mirada fija en ella. Me muevo al ritmo, provocativa, desesperada,

rota por dentro.

La canción termina y la gente aplaude, chifla, grita.

Yo me bajo y corro al baño.

Quiero desaparecer.

Pero no estoy sola por mucho.

Corinne entra detrás de mí, cerrando la puerta con fuerza.

—¿Qué diablos estás haciendo, Alya?

Me miro en el espejo. No me reconozco. Ni el vestido, ni la pintura en mi rostro, ni la expresión vacía de mis ojos.

—No lo sé —respondo en un susurro.

Ella se acerca. Nuestros ojos se encuentran en el espejo. Su reflejo, tan cerca, tan viva. Tan furiosa.

—¿Qué se supone que fue todo eso, Alya?

No respondo. Solo quiero que me abrace. Que me entienda. Que me salve.

Pero ella me gira por los hombros con fuerza.

—Recuerdo perfectamente lo que dijiste en el hotel —escupe—. Que querías una familia feliz. Que no ibas a romperla. Entonces dime, Alya: ¿qué estás haciendo ahora?

Y todo explota.

—¡Porque me estás ignorando y no lo soporto! —le grito—. Me haces sentir invisible y me estás matando poco a poco. ¡No sé lo que siento, pero no puedo seguir fingiendo que no me importa!

La tensión estalla. Su respiración y la mía se mezclan.

Y la beso.

Con rabia, con miedo, con deseo.

Corinne se tensa. Me sujeta por los hombros y me separa con firmeza.

—No, Alya —dice con la voz quebrada, pero segura—. No pienso volver a ser el juguete o la aventura de una hetero curiosa. No me

beses si no eres capaz de ir hasta el final conmigo. No me permitas tocarte a menos que estés dispuesta a ser solo completamente mía.

Sus palabras me atraviesan como cuchillas.

Y corro.

Corro fuera del baño, fuera de la disco, lejos de ella, lejos de mí.

Me duele el pecho. Me arden los ojos. Me tiembla todo el cuerpo.

No por el rechazo.

Sino porque sé que tiene razón.

Y porque, por primera vez, sé que crucé una línea que no sé cómo reparar.

CAPÍTULO 16

Alya

Desde aquella noche en el bar, el silencio se convirtió en mi sombra, mi abrigo más cómodo. El tipo de abrigo que raspa, que ahoga, pero que al menos te cubre. Corinne y yo no nos habíamos vuelto a dirigir más que un par de saludos forzados. Y aunque ella fingía que no recordaba nada, yo lo sentía todo… cada segundo de tensión, cada palabra no dicha.

Me dolía recordar lo que había hecho, cómo me había acercado a Corinne, tan desesperada por sentir algo que no fuera esta soledad constante. El eco de sus palabras todavía me raspaba el pecho: «No pienso volver a ser el juguete o la aventura de una hetero curiosa».

Tenía razón. Yo misma no sabía quién era últimamente. ¿Qué quería? ¿A quién quería? Lo único que sabía con certeza era que verla me revolvía todo por dentro.

Así que comencé a evitarla. Me aseguraba de salir a horas distintas, bajaba las escaleras en lugar de usar el ascensor. Cuando Aixa preguntaba por ella, le decía que estaba ocupada.

Y para colmo, mi esposo volvió. Con el mismo olor a aeropuerto y promesas sin cumplir. Con sus susurros al teléfono a medianoche, sus duchas largas con el móvil en la repisa, los mensajes que ocultaba como si fueran secretos de Estado.

«No seas paranoica», me habría dicho si se lo mencionaba.

Pero no era paranoia. Era intuición. Era experiencia. —Fingí que todo estaba bien. Que tenía sentido seguir intentando. Que aún me quedaba algo para dar.

Pero no lo había.

Una noche, salí al balcón a tomar aire. Él dormía del otro lado de la puerta de cristal, o fingía hacerlo. Ni siquiera intentó tocarme esa vez. Solo me dio las buenas noches y se giró.

Miré hacia la terraza de Corinne. Estaba vacía. Sin cigarro, sin copa de vino, sin ella. Me pregunté si ya no salía más, o si simplemente me evitaba también.

El reencuentro ocurrió un sábado cualquiera. Aixa y yo regresábamos de comprar pan cuando la vimos saliendo del edificio. Corinne lucía como siempre: impecable, en su traje de pantalón con tirantes, la chaqueta colgada del brazo, el cabello largo ondeándole en la espalda como una bandera de guerra.

Aixa soltó mi mano y corrió hacia ella.

—¡Coriiinne! —cantó su nombre, envolviéndola con un abrazo.

Corinne pareció dudar un segundo, pero luego se agachó a su altura y le acarició el cabello.

—Hola, peque —murmuró, sonriendo. Luego levantó la mirada hacia mí, y mi estómago se encogió.

—Ya casi no las veo —protestó Aixa, cruzando los brazos—. Ni a ti ni a Coco. ¿Están enojadas?

Corinne la miró y le revolvió el cabello.

—Hay una Petit écureuil traviesa —respondió en francés— que tomó algo sin permiso y ahora se esconde en su nido.

Aixa la miró, confundida.

—No entiendo.

—Lo que pasa —continuó, esta vez en español, sin apartar sus ojos dorados de los míos— es que hay ardillas que, cuando sienten que hicieron algo mal, se esconden. Aunque en el fondo… sepan que extrañan la rama donde solían trepar y las travesuras. Y algunas Écureuils gâtés —añadió con una sonrisa ladeada— se ganan tanto cariño, que una termina dejándoles la ventana abierta por si deciden volver.

No supe qué decir. Me limité a bajar la mirada, sintiéndome como si tuviera trece años otra vez, atrapada en medio de una confesión.

—Entonces... ¿puedo ir a jugar con Coco? —preguntó Aixa.

Corinne asintió. Yo asentí también, en silencio.

Esa noche, mientras Aixa dormía y el apartamento olía a rutina, pensé en lo que había dicho Corinne. Que dejaba la ventana abierta. Que aún me consideraba una amiga. Y supe que era hora de dejar de esconderme.

La rutina en casa no mejoró, aunque Román había vuelto físicamente. Era como si no estuviera aquí; pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa o con el teléfono. Su desinterés era tan evidente que hasta Aixa me había preguntado qué le sucedía a su papá. Una vez más tuve que mentirle a mi hija, decirle que era solo trabajo, pero tantos secretos y mentiras comenzaban a pasarme factura.

Fue Ingrid quien notó mi mirada perdida mientras Aixa dibujaba en la mesa de la cocina. Ella se sentó frente a mí y dejó su taza sobre la encimera con un golpe suave, como si me llamara de vuelta a la realidad.

—¿Quieres hablar o prefieres seguir mirando al vacío como si escondieras respuestas?

Solté una risa seca. No me salía otra cosa.

—No sé por dónde empezar —admití, bajando la mirada.

Ingrid esperó. Esa paciencia suya me rompía más que cualquier pregunta directa.

—Nos fuimos de España porque mi esposo me engañó —solté de golpe, sin adornos. Fue la primera vez que lo decía en voz alta desde que llegamos.

Ella parpadeó. No habló.

—Y no sé si fue peor la traición en sí… o que me hiciera sentir que fue mi culpa. Que, si yo fuera menos aburrida, más sexy, más lo que sea, él no lo habría hecho.

Me temblaban los dedos. No sabía en qué momento empecé a llorar. Ingrid rodeó la mesa y se sentó a mi lado.

—Y ahora… —seguí—. Ahora que estamos aquí, él sigue igual. Llega tarde. Miente. Se escapa. Y yo... —tragué saliva— yo sigo intentando mantenerlo en casa como si fuera un perro callejero que se me escapa. Pero no quiere quedarse. Ni conmigo, ni con Aixa. Y lo peor… es que me estoy olvidando de quién era antes de él.

Decidí dejar el drama con Corinne fuera por el momento.

Mi amiga apretó mi mano. No dijo «lo siento» ni «es un idiota». Solo me sostuvo.

—No eres una buena para nada, Alya —dijo en voz baja, con ese tono suyo que siempre sonaba a verdad—. Él no puede amar lo que no sabe valorar. No es tu culpa que se haya convertido en un hombre al que le sobra todo y le falta lo más importante.

Asentí, pero sentía que mis huesos eran de cristal.

—¿Y qué hago ahora? —pregunté—. Me miro al espejo y no me reconozco. Ni siquiera el color de mi pelo es mío. Me lo tiño porque a él le gustaba así. Como si eso cambiara algo. Como si pudiera hacerme querer por fuerza de apariencia.

Ingrid se echó hacia atrás con una sonrisa astuta.

—Entonces vamos a devolverle el pelo a su dueña. ¿Qué color tenía antes de ser de él?

—Rojo —susurré.

—Perfecto —se levantó de golpe y aplaudió una vez—. Tengo tinte, tengo brochas, y tengo una tarde libre. Hoy no vas a ser la mujer que él moldeó. Hoy vas a empezar a reconstruirte.

Mientras el tinte hacía su trabajo y el espejo reflejaba un rojo que empezaba a despertar algo en mí —algo parecido al fuego, a la rabia, o quizá a la libertad—, pensé en las palabras de Corinne, en la ardilla que se escondía. Y supe que no quería esconderme más.

Esa noche, mientras Aixa dormía y yo sacaba la basura, me crucé con Corinne en el pasillo. Ella detuvo su paso y me miró,

sorprendida. Sus ojos se agrandaron, y sus labios se curvaron con una sonrisa lenta, sincera.

—Mierda… —murmuró—. Ahora sí que pareces una écureuil de verdad.

Ambas reímos. Por primera vez, sin pena. Solo alivio.

—Gracias por dejar la ventana abierta —le dije, con un poco de valentía nueva.

Ella me sostuvo la mirada.

—Sabía que volverías. Las ardillas siempre vuelven por lo que robaron.

Y por primera vez en mucho tiempo, me sentí orgullosa de ser yo. La de verdad.

CAPÍTULO 17

Alya

La cerradura giró con torpeza, un chirrido metálico que se tragó la calma de la casa. Me tensé de inmediato. El reloj marcaba la una y media. Ya era tarde. Demasiado tarde.

Las pisadas erráticas por el pasillo me lo confirmaron antes de verlo. Él venía borracho. Otra vez.

—¿Y ahora qué mierda es esto? —Su voz estalló como un latigazo.

Se detuvo en seco al verme de pie en la cocina. El cabello rojo caía suelto sobre mis hombros. Su ceño se frunció con una mezcla de incredulidad y desprecio. Dio un paso más, tambaleándose, y entonces arrojó su maletín al suelo.

—¡¿Qué demonios te hiciste en la cabeza?!

—Sólo… un cambio —susurré. Mis manos se apretaban una contra la otra, buscando algo a lo que aferrarse.

—¡¿Un cambio?! ¡¿Y tú crees que puedes ir por ahí haciendo lo que te da la gana?! ¡¿Te olvidaste de quién te da de comer, quien te mantiene, quien te sacó del barrio de mierda en el que vivías?!

—No empieces… por favor. No hagamos esto ahora. Aixa duerme, es tarde.

—¡¿Ahora?! —gritó él, acercándose—. ¡Esto lo empezaste tú cuando decidiste pintarte el pelo como una cualquiera! ¡Como cuando te conocí, sucia, perdida, inútil! Te dije que ese color te hacía lucir como una puta, sólo pedí que te comportaras y lucieras como una esposa y madre y ni siquiera eso eres capaz de hacer.

Me abofeteó con las palabras, pero luego, de verdad, lo hizo.

Un golpe con el dorso de la mano. No con toda su fuerza, pero lo suficiente para hacerme tambalear. El mundo se me nubló. Sentí el ardor encenderse en mi mejilla.

—¡Basta! —gritó Corinne, irrumpiendo como un trueno desde la puerta abierta—. ¡No tienes ningún derecho! ¡La tocas otra vez y te entierro en una denuncia que no vas a poder borrar ni con todos tus putos contactos!

—¿Y tú quién mierda te crees que eres? ¡Una vecina metida! ¡Una cualquiera! —rugió él, echándose encima de Corinne, alzando la voz —. ¿Vienes a hacerte la heroína? ¡Ella es mía! ¡Mi esposa!

—¡No soy de nadie! —grité, pero mi voz salió rota, demasiado débil.

—¡Sal de mi casa antes de que te saque a patadas!

—Intenta tocarme y verás de lo que soy capaz —le escupió Corinne con los ojos encendidos de furia.

Él la miró, respirando con fuerza, fuera de sí. Pateó una silla, rompió el marco de una foto contra la pared y escupió al suelo antes de girarse hacia mí.

—Tú lo arruinaste todo. Todo lo que tienes es por mí. ¡No lo olvides! ¡Porque si me largo, te quedas con NADA! ¡No vales nada!

Y se fue, azotando la puerta con tal violencia que retumbó en todo el apartamento.

El silencio quedó como una nube tóxica. La foto rota en el suelo mostraba a los tres: él, yo y Aixa. Sonriendo. Falsamente felices.

—¿Estás bien? —preguntó Corinne, acercándose, los ojos vidriosos.

Me aparté.

—Estoy bien, no me hizo nada —me refería a que, comparado con otras veces, no había sido nada grave—. No necesito tu compasión.

—¡No es compasión! —rugió ella, furiosa y dolida—. ¡Es impotencia! ¡Ver cómo te destruye y tú aún lo defiendes!

—¡Porque le debo todo! ¡Me sacó del fondo! ¡Me dio una vida cuando yo no tenía nada!

—¡¿Y a qué precio?! ¡¿A cambio de qué, Alya?! ¡¿De tu dignidad?!

—¡Corinne, vete!

—¡No pienso hacerlo!

Aixa empezó a llorar desde su habitación. Corinne me fulminó con la mirada y se fue hacia la niña sin decir más. La escuché susurrarle dulces palabras, cantarle bajito. La escuché ser madre, cuando yo no podía ser nada.

Ingrid se arrodilló a mi lado. Su voz temblaba.

—Alya… por favor, háblame.

—¿Sabes por qué duele tanto? —dije al fin, con la voz hueca—. Porque él fue mi escape. Tenía dieciocho cuando lo conocí. Vivía en un cuartito con goteras con una amiga del instituto. Mi madre se había ido. Me llamaba fracasada. Me decía que los sueños no llenaban la nevera.

—¿Qué soñabas?

—Quería escribir. Ser autora. Ir a la universidad. Escapar de la mediocridad. Y él… él me dio eso. Me dio libros, universidad, ropa. Un apartamento. Me miraba como si yo valiera. Durante años creí que me había rescatado.

Las lágrimas me escocían en la garganta, pero ya no podía contenerlas.

—Me embaracé a los veinte. Él empezó a irse más seguido. Trabajo, decía. Yo lo creía. Pero el año pasado me mandaron fotos. De él saliendo con una mujer. Nunca se le vio el rostro. Le pregunté. Y me dijo que era una prostituta. Que yo ya no lo satisfacía. Que tenía que buscar lo que le faltaba en otra parte.

Ingrid apretó los labios. No dijo nada.

—Y lo peor… —mi voz se quebró—. Es que aun así me convenció de irnos juntos. A empezar de nuevo. A fingir que todo estaba bien. Que la culpa era mía. Que yo debía esforzarme más. Y lo creí. Porque sin él, ¿qué soy?

—Eres tú —susurró—. Y eso ya es suficiente.

Negué con la cabeza, abrazándome las rodillas.

—No lo sé. Me siento vacía. Me odio. Me veo y no reconozco a la chica que fui. Y lo peor… es que tengo miedo de que, si lo dejo, me hunda. Que él tenga razón. Que no pueda con la vida sola.

—¿Sabes qué veo yo cuando te miro? —preguntó Ingrid, con la voz quebrada—. Una mujer herida, sí. Pero también valiente. Una madre. Una soñadora que aún escribe, aunque sea en la oscuridad. Él no te salvó. Te mantuvo en una jaula bonita.

Me desplomé contra su hombro. Lloré como no lloraba desde hacía años. Hasta quedarme seca. Vacía.

Ingrid me acarició el cabello, en silencio. Después de un largo rato, habló.

—Vamos a empezar de nuevo. No por él. No por Aixa. Por ti. Y podrás volver a encontrarte, conocerte, pasito a pasito, Alya, un paso a la vez, y saldrás adelante.

CAPÍTULO 18

Alya

Corinne evitaba mirarme. Ya no me hablaba con la suavidad de antes, ni me sonreía al pasar. Me saludaba por cortesía, con ese tono educado que se siente como una pared. Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, ella desviaba la vista. Y yo me quedaba con ese vacío en el pecho. Como si cada silencio suyo fuera una bofetada merecida.

Lo peor era que no podía culparla.
Me odiaba a mí misma. Por no haber tenido el valor. Por seguir atrapada.

Esa mañana escribí sin parar. Las palabras salían como cuchillas:

«Ella vivía en una jaula sin barrotes, decorada con promesas rotas y fotografías donde ya no sonreía. No sabía si seguía amando al hombre con el que dormía o sólo amaba la versión de sí misma que él le había vendido cuando tenía dieciocho años. Se sentía invisible, como si su existencia fuera un eco de una vida que nunca vivió del todo.»

Escribir era lo único que aún me hacía sentir libre.

Mi esposo no había vuelto a casa desde la pelea. No llamó. No escribió. Ni siquiera para preguntar por Aixa. Y yo no sabía si estaba aliviada o rota. Aixa lo notaba, aunque no dijera nada; preguntaba cada vez menos por él, como si hubiera empezado a aceptar que papá ya no formaba parte de nuestra rutina. Me miraba con esos ojos enormes y tristes, y me abrazaba más de lo habitual.

Y entonces llegó el correo que lo cambió todo.

Una editorial importante, Milar & Wolfe, me ofrecía publicar mi libro. Con distribución internacional. Con contrato. Con posibilidad de traducirlo.

Me quedé frente a la pantalla sin saber qué hacer. ¿Llorar? ¿Gritar? ¿Reír?

La Alya de diecisiete años que soñaba en la azotea con un cuaderno entre las piernas habría creído que ese día jamás llegaría. Ya había publicado otras veces, pero nunca con un contrato tan importante. Este era un sueño hecho realidad.

Esa misma tarde, Natalia Ortega llegó con su hijo Elías.

—¡Dios, pero mírate! —exclamó abrazándome con fuerza—. ¿Estás bien? Te ves… flaca. No flaca bien. Flaca preocupante.

Sonreí, medio incómoda, mientras el niño corría hacia Aixa, que lo recibió con una mezcla de sorpresa y entusiasmo.

Natalia, mi amiga de toda la vida. La que siempre estaba. Incluso cuando no la necesitaba.

Mientras le mostraba la casa, no pude evitar mirar al apartamento de al lado.

Allí estaba Corinne. En su balcón. Con la rubia del bar. Otra vez.

Reían, compartían un café, las piernas tocándose apenas en la silla. Me sentí estúpida. Una punzada de celos me cruzó el pecho y apreté los labios.

—¿Todo bien? —preguntó Natalia desde la cocina.

—Sí —mentí, tragándome esa emoción con sabor a hierro.

Más tarde, Ingrid volvió del trabajo con su energía habitual, notando de inmediato el nuevo aire en la casa.

—¿Qué pasó aquí? ¿Qué me perdí?

Le conté la noticia de la editorial y se puso a gritar, abrazándome y dando saltitos conmigo como si acabáramos de ganar la lotería.

—¡Esto hay que celebrarlo! —dijo—. Esta noche, en mi casa. Nada de peros, ahora le aviso a nuestra adorada vecina.

—¿Corinne?
—¿Cuál más? Creo que estaba en casa; su ex venía a recoger algunas cosas.

Natalia apareció detrás de mí con su sonrisa perfecta.

—Yo también estoy invitada, ¿cierto?
—Obvio —respondió Ingrid, aunque su tono fue un poco menos cálido. No pasó desapercibido.

La velada comenzó bien. Las copas se llenaron, los niños jugaban en el cuarto de Aixa y todo parecía tranquilo.

Corinne llegó un poco tarde y, no, no vino acompañada de la rubia. No sé por qué, pero me quitó un enorme peso de los hombros. Yo no tenía ningún derecho. Pero dolía verla con otra. Me senté en silencio junto a Natalia, intentando no mirar.

—Así que ahora eres una escritora famosa —dijo Natalia con una risa suave—. ¡Qué locura! Nunca pensé que llegarías tan lejos, con lo despistada que eras de niña.

Ingrid y Corinne se giraron hacia ella.

—Recuerdo que tenías que ayudarte con todo —continuó Natalia—. Con los deberes, con las tareas, incluso con tus cartas de amor, ¿te acuerdas? Nadie creía que Alya iba a salir del barrio. Y mírala ahora. ¡Quién lo diría!

Reí por cortesía, con la copa entre los dedos, pero por dentro me sentía incómoda. Como siempre con ella. Ese tipo de comentarios disfrazados de elogio, que siempre me dejaban vacía.

Corinne se levantó sin decir nada y salió al balcón con un cigarrillo.

No la culpaba. Yo también quería huir.

Pero fue Ingrid quien explotó.

—Perdona que interrumpa, Natalia —dijo, con una voz mucho más seria de lo habitual—, pero si viniste a apoyar a tu amiga, no sé en qué universo eso implica humillarla con cada comentario.

Natalia alzó una ceja.

—¿Humillarla? Sólo comparto recuerdos. Somos amigas de toda la vida.

—Sí, bueno, entonces deberías saber que esos "recuerdos" suenan más a burla que a nostalgia —Ingrid no levantó la voz, pero cada palabra fue afilada—. Y tú eres psicóloga, ¿no? Entonces deberías saber lo destructivo que es disfrazar el menosprecio de cariño.

El salón se quedó en silencio.

—Alya ha trabajado muchísimo para llegar hasta aquí. Lo que necesita es apoyo real, no jueguitos pasivo-agresivos. Y no necesita que le recuerden constantemente que, según tú, era poca cosa. Porque no lo es.

Me quedé inmóvil. Por primera vez, alguien me defendía.

Sin que yo tuviera que explicarme. Sin que me hicieran sentir exagerada, como solía hacerme mi esposo.

Recordé el día que le conté que Natalia me hacía sentir culpable, insegura. Él se limitó a decir: «No seas dramática. Natalia es peculiar, pero te quiere. No lo tomes a mal.»

Pero ahí estaba Ingrid. Diciéndolo por mí. Sin dudar.

No dije nada, pero me mordí los labios para no llorar.

Por primera vez, no estaba sola.

Y eso lo cambió todo.

CAPÍTULO 19

Alya

La noche había caído, pero el silencio no traía descanso. En mi apartamento todo estaba perfectamente en su lugar: las copas lavadas, los cojines mullidos, la luz suave sobre los marcos de fotos cuidadosamente colocados. Todo… excepto el aire. El aire seguía tenso, como una cuerda que nadie se atrevía a soltar.

—Tus nuevas amigas… —comenzó Natalia desde la cocina, sirviéndose una copa de vino—. Son bastante groseras, ¿no crees?

Me apoyé en el marco de la puerta, cruzando los brazos. El eco de la cena en el apartamento del otro lado del pasillo seguía vibrando en mis oídos. Ingrid había sido directa, sí, pero no grosera.

—Ingrid sólo fue honesta —respondí.

—¿Honesta? —bufó, girando hacia mí—. Por favor, Alya. Siempre has sido ingenua, pero esto ya es ridículo. ¿Desde cuándo dejas que otras hablen por ti?

—No hablo por nadie —repliqué, sintiendo cómo algo dentro de mí comenzaba a romper el cascarón del silencio—. Pero tampoco voy a negar lo evidente.

Sus cejas se alzaron, sorprendidas.

—¿Evidente? ¿Ahora resulta que soy la villana?

—Tus comentarios fueron hirientes, Natalia. Digo… sé que a veces hablas sin pensar, pero...

—¿Sin pensar? ¿Eso crees? —se acercó, copa en mano—. Yo siempre he estado para ti, Alya. Siempre. Cuando te dejaban de

lado, cuando tu madre dudó de ti. Yo creí en ti. Pero ahora… ahora llegan estas heroínas de cuento y tú te olvidas de quién te sostuvo cuando nadie más lo hacía.

Sus palabras dolían, pero no por culpa. Dolían porque había verdad en lo que decía… y también mucha manipulación.

—No quiero discutir —murmuré, mientras ella daba media vuelta—. Voy a ver a los niños.

Me quedé sola, los brazos cruzados más fuerte de lo necesario, intentando no gritar. Cuando subí al cuarto, los encontré dormidos, como dos piezas de un mismo rompecabezas. La lámpara del pasillo arrojaba una luz cálida sobre sus rostros. Aixa dormía con la boca entreabierta, abrazando un peluche; el hijo de Natalia, junto a ella, con una manta hasta la barbilla.

Me acerqué para arropar a Aixa.

Y entonces lo vi.

La forma de la nariz de Elías. Las pestañas gruesas. El arco suave de las cejas. La curva de la mandíbula.

Mi mano se detuvo a medio camino.

No. No podía ser.

"Estás cansada", me dije. "Te estás imaginando cosas".

Pero las dudas eran semillas. Y una vez plantadas, no hay marcha atrás.

Me obligué a respirar, a razonar. A no saltar a conclusiones. Pero no era sólo parecido: era un espejo en otra dimensión. Un eco genético.

—¿No parecen dos angelitos? —dijo Natalia tras de mí, con una copa en mano.

Me volví despacio, con el corazón retumbando en los oídos.

—¿Alguna vez… volviste a saber del padre de tu hijo?

Ella ladeó la cabeza con una sonrisa lánguida.

—Fue una locura. Una noche tonta. Ni me acuerdo de su cara. No vale la pena.

Y se metió al baño antes de que pudiera siquiera respirar.

La mañana siguiente amaneció soleada, como si el mundo no supiera que algo dentro de mí había comenzado a agrietarse.

Fuimos al parque, Natalia y yo. Los niños corrían entre los árboles, riendo, jugando y divirtiéndose.

—¿Tienes fotos del niño cuando era más pequeño? —pregunté de pronto, como quien lanza una piedra al agua para medir su profundidad.

Natalia levantó la mirada de su teléfono, sonriendo con ternura.

—Claro, un montón. Me encanta hacer álbumes.

Sacó su móvil y comenzó a deslizar entre las imágenes. Me mostró una de cuando tenía un año: mofletes grandes, ojos brillantes. Luego otra a los tres: disfrazado de pirata. Me reí, o al menos lo intenté. Pero cada nueva imagen me apretaba el pecho un poco más.

—¿Y esta? —dije, señalando una de cuando tenía unos cuatro años. Su sonrisa… era la de Aixa. El mismo hoyuelo en la mejilla izquierda. Hasta el lunar junto al ojo.

—Ah, esa es de cuando nos fuimos a Italia. Le dio una reacción alérgica horrible, pobre. Terminamos en urgencias.

—¿Alergia?

—Sí. A los frutos secos. Sólo un toque y se le inflama todo.

Tragué saliva.

—Qué coincidencia. Aixa también tiene esa alergia.

—¿Sí? Qué cosas —dijo Natalia, sin darle importancia—. ¡Mira esta! Aquí está con su disfraz de abeja.

Entonces la vi acercarse por el sendero.

Corinne.

Su dóberman negro, Coco, trotaba a su lado, feliz como siempre. Ella nos vio y sonrió. Natalia la notó también.

—¡Corinne! —la llamó, levantando la mano.

Corinne se acercó con paso tranquilo. Vestía su usual uniforme, como yo solía llamarle, el cabello recogido en una coleta alta. Se

veía radiante, como si el sol la siguiera.

—Buenos días —saludó con su tono sereno.

—Mira, estaba mostrando fotos del niño a Alya. ¿Quieres ver?

Corinne se inclinó y tomó el móvil con delicadeza. Observó la imagen. Luego miró a Aixa, que en ese momento corría hacia nosotros riendo. Después volvió a mirar la imagen.

Y luego… me miró a mí.

Fue un segundo.

Pero lo sentí todo.

La forma en que su expresión se suavizó, como si acabara de atar cabos. Como si me entendiera sin que yo dijera una palabra. Como si me tuviera lástima.

Y entonces, el mundo se volvió lento.

El grito de un niño. El chirrido de neumáticos.

Todo a mi alrededor se ralentizó. Como en un mal sueño. Como si mi cuerpo ya supiera lo que iba a pasar, pero mi mente se negara a aceptarlo.

Un coche.

Saltando la acera.

Natalia gritó.

Coco ladró.

Corinne corrió.

Yo me quedé paralizada.

Vi el cuerpo de Aixa girar en el aire. El pequeño de Natalia rodó por el suelo.

Gente corriendo. Gritos. Un estruendo seco.

Mi voz salió de mi garganta en un alarido que no reconocí.

—¡AIXA!

Corrí.

Mis piernas no eran piernas. Mis pies no tocaban el suelo. El mundo entero era un eco distante de sangre y horror.

Me arrodillé junto a ella. La tomé en brazos. Temblaba. Tenía sangre en la frente. Sus ojitos abiertos, llenos de terror.

—Mamá… —susurró.

—Estoy aquí. Estoy aquí, mi amor, no te duermas. No cierres los ojos, ¿me escuchas?

Corinne estaba junto a mí, presionando la herida de la pierna del otro niño con su bufanda. Natalia gritaba al cielo. Una mujer llamaba a emergencias. El mundo se desmoronaba.

Y yo sólo podía sostenerla.

—Va a estar bien. Todo va a estar bien —susurré, intentando convencerme a mí misma.

CAPÍTULO 20

Alya

El hospital olía a desinfectante y desesperanza. Las luces blancas iluminaban demasiado, sin calidez. Todo parecía estéril, como si el mundo hubiera sido despojado de sus colores y emociones. Sólo quedaban los latidos acelerados, los murmullos de las enfermeras y el zumbido persistente del miedo.

Yo me sentía flotando fuera de mí misma, observando todo desde un lugar lejano, suspendida entre el sonido de las ambulancias y los gritos que aún no podía olvidar. Me mantenía en pie sólo por ella. Por mi hija.

La sangre de Aixa manchaba mi camisa. El rostro pálido del hijo de Natalia. Sus manitas inertes. El llanto, el caos. Todo seguía allí, agazapado en algún rincón de mi cuerpo, listo para atacarme en cuanto bajara la guardia.

Corinne no se despegó de mí en ningún momento. Se movía por los pasillos como si ese lugar fuera su casa, siempre alerta. Yo no podía hacer más que sentarme. Esperar. Temblar. Ella era una roca en medio de mi naufragio. No decía mucho, pero estaba. Sólida. Presente. Cada vez que sus dedos tocaban los míos, sentía que todavía quedaba algo a lo que aferrarme.

Natalia caminaba como un fantasma por los pasillos. Llevaba las manos cubiertas de sangre seca, sin haberse cambiado. Sus ojos no parpadeaban. Se apoyaba en la pared como si el aire le costara, pero no soltaba una lágrima. Ella también estaba rota, aunque a su manera.

Y entonces apareció Román.

Caminando con paso apurado por el pasillo. Sin una llamada previa, sin un mensaje. No sabía nada de él hacía días. Había desaparecido tras su última rabieta.

Lo primero que hizo fue correr hacia Natalia.

Ella lo vio, soltó un sollozo ahogado y se lanzó a sus brazos. Él la sostuvo, acariciándole el cabello mientras ella lloraba.

Sentí una punzada. No. Sentí un cuchillo lento clavándose en el centro del pecho.

Pero me repetí: no era nada. Siempre se llevaron bien. Siempre.

Natalia era amiga de la infancia. Fue ella quien me presentó a Román. Él era amigo de su familia. Iba a todas sus cenas, cumpleaños, celebraciones. Era natural. ¿Verdad?

Me obligué a apartar la vista.

—Toma —dijo una voz suave. Corinne regresaba de la cafetería con un café caliente—. Tienes que comer algo. Estás blanca como el papel.

—Gracias —susurré, tomando el vaso sin realmente sentirlo.

Me senté y ella se sentó a mi lado. No dijo nada más. Sólo me ofreció su hombro. Yo me dejé caer en él como una niña. Me aferré a esa calidez. Luché por no llorar. No ahora.

Una enfermera apareció con una carpeta en mano. Su voz fue firme, profesional:

—Necesitamos que todos los presentes se hagan análisis de sangre. Los niños pueden necesitar una transfusión urgente, y es importante saber quién es compatible.

Asentimos todos. Román incluido, aunque no se molestó en mirarme.
Corinne fue la primera en levantarse.

Las horas se hicieron eternas.

El reloj del pasillo parecía detenido. Natalia sollozaba en una esquina. Yo no podía más que mirar el suelo. Román caminaba de

un lado a otro y, de vez en cuando, me observaba. Como si quisiera decir algo. Como si buscara un culpable.

—¿Dónde estabas tú? —me dijo de pronto, acercándose—. ¿Por qué no los estabas vigilando?

Levanté la vista con rabia contenida. ¿En serio?

—¿Estás insinuando que esto fue culpa mía?

—¡Tú los tenías! ¡Eras tú la que estaba a cargo!

—¿Tú sabes siquiera dónde hemos estado estos días? ¿Cómo hemos estado? ¿Si tu hija tenía frío, hambre o te extrañaba? —espeté con voz rota—. ¡No te preocupaste una mierda por ella, por nosotras! ¿Y ahora vienes buscando culpables?

Corinne se interpuso.

—Basta, Román. No es el momento. Alya no necesita esto ahora. Estamos en un hospital, no es lugar para discutir.

Él apretó los labios. Pero se quedó en silencio.

Cuando el doctor volvió, su expresión lo dijo todo antes de abrir la boca.

—Ambos niños están estables —comenzó—, pero necesitan transfusiones de sangre lo antes posible. Hemos procesado los resultados… y dos de ustedes son compatibles: la señorita Corinne… y el señor Román.

Suspiré aliviada.

—Gracias a Dios… —murmuré.

El doctor alzó una mano.

—Pero hay un detalle. El señor Román no puede donar de inmediato.

—¿Qué? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Por ser familiar directo de ambos niños, tendríamos que someter la sangre a un procedimiento específico para evitar riesgos. Es muy poco común, pero en este caso, los resultados indican una relación sanguínea directa con ambos menores.

—Eso no tiene sentido —dije, apenas un hilo de voz—. Él… Román sólo es el padre de Aixa.

El doctor me miró, confuso.

—No, señora. Según las pruebas genéticas, él es el padre biológico de ambos niños. No hay margen de error.

El silencio fue absoluto.

El mundo se volvió un eco.

Un golpe seco en el pecho.

No. No. No.

Me tambaleé. Corinne alcanzó a sujetarme del brazo antes de que cayera. La respiración se me fue. El corazón latía desacompasado, doloroso.

Natalia se cubrió la boca. Dio un paso atrás. Luego otro. Pero no dijo nada.

Román se quedó congelado. Ni siquiera trató de negar lo dicho. Sólo desvió la mirada, apretó los dientes. El temblor en su mandíbula era la única prueba de que estaba vivo.

Me faltó el aire. Di un paso atrás. Y otro. Hasta que las rodillas me fallaron y caí al suelo.

No lloré. No grité. Sólo me rompí por dentro.

Román era el padre del hijo de Natalia.

El hijo que ella decía no saber de quién era.

El hijo que me presentaron como fruto de una aventura sin sentido.

Todo este tiempo… toda mi vida…

—Dime que es mentira, dime que es un error —exigí a nadie en general, sin reconocer mi propia voz.

Nadie respondió.

—¿Todo este tiempo, Natalia? —volví a decir, ahora más alto, con lágrimas que ya no podía contener—. ¡¿Desde cuándo, maldita sea?! ¡Cuando comenzaron a verme la cara de estúpida!

Ella negó con la cabeza. Murmuró algo que no entendí. Entonces lo supe. Siempre estuvieron juntos. Ella anunció el embarazo al poco

tiempo de que yo comenzara mi relación con Román.

—¡¿Y tú?! —me giré hacia Román—. ¡¿Qué eres tú, un mentiroso profesional?! ¿Es que acaso fui una maldita broma para ustedes?

Corinne me sostenía aún. Sus manos eran fuertes. Su rostro tenso, pero sus ojos… sus ojos eran los únicos que no me mentían.

—Aixa… —susurré—. Mi hija… tu hija… y también… ¿también él?

—Fue un error —dijo Román por fin, como si eso pudiera limpiar el pasado.

—¡Un error es olvidarte el cumpleaños de alguien, no joderte a mi mejor amiga y mentirme por años! —grité, ya sin filtros, sin miedo.

Ingrid apareció corriendo, jadeando, con el bolso colgando de un hombro.

—¡Alya! ¿Qué pasó? ¿Cómo están los niños?

Me volví hacia ella como un espectro. Tenía las mejillas empapadas y un temblor en todo el cuerpo que no se detenía.

—Salva a mi hija —le dije a Corinne, apenas en voz alta—. Por favor…

Corinne asintió, con lágrimas en los ojos, y sin decir más se dirigió al quirófano. El doctor fue tras ella.

Yo me quedé allí, en ese pasillo blanco, con la bata de Aixa aún manchada en mis manos.

Ingrid me abrazó, preguntó cosas que no escuché.

Y Román… Román sólo se quedó allí. Como una estatua rota, sin saber qué decir. Porque ya todo estaba dicho.

Y yo me quedé allí. En medio de ese pasillo blanco.

Rodeada de traición.

De mentiras.

De personas que creía conocer.

Pero ya no había duda. Ya no había excusas.

El mundo se había roto. Y por fin, podía ver las grietas.

CAPÍTULO 21

Alya

Natalia se acercó con pasos suaves, como si no hubiera pasado nada. Como si no me hubiese destrozado la vida.

—Alya… —empezó, con esa voz melosa, como pidiendo disculpas por llegar tarde a una cena y no por destruir una familia—. Necesito hablar contigo.

No respondí. Sólo la miré. Vacía.

—Quiero que sepas que… esto entre Román y yo fue antes de ti. Unos meses antes de que los presentara. No sabía que estaba embarazada, y cuando lo descubrí… tú y él ya estaban juntos.

Se detuvo. Su mirada buscaba compasión. Redención.

—No quería arruinar lo que tenían. Le conté a Román, y decidimos guardar el secreto. Fue lo mejor para todos. No queríamos hacerte daño.

Me levanté de golpe.

—¿¡No querían hacerme daño!? —grité—. ¿Tú, mi mejor amiga? ¿Tú, que jugabas con mi hija mientras ocultabas que su hermano era tuyo también? ¿Tú, que me mirabas a los ojos cada día fingiendo?

—No era así… —susurró, dando un paso atrás.

—¡Claro que era así! ¡Todo esto fue una farsa! ¡Todo! ¡Tú, Román… me convirtieron en una estúpida!

Ingrid se acercó y, sin levantar la voz, con su calma habitual, se colocó entre nosotras.

—Creo que ya hiciste suficiente. Vete, Natalia. Y no te acerques más.

—Pero yo sólo quería…

—He dicho que te vayas.

Natalia bajó la cabeza, finalmente comprendiendo que ya no tenía terreno que pisar. Se fue en silencio, con lágrimas de cocodrilo.

Me quedé temblando. Vacía. Sucia por dentro.

Entonces apareció Corinne.

Tenía la piel pálida, los labios secos por la donación, pero aun así caminó hacia mí como un muro firme, como un pilar. Se colocó a mi lado y me rodeó con un brazo.

No dijo nada. No hacía falta.

Ella era mi columna. Mi sostén.

Horas después, los médicos salieron con buenas noticias.

—Ambos niños están fuera de peligro —nos dijeron—. Aixa tiene una fractura en la pierna y algunos golpes. El niño, una fractura en el brazo y una contusión cerebral leve. Pero se recuperarán. Están estables.

Caí de rodillas otra vez. Esta vez por alivio.

No quise moverme del hospital. Me negué a irme. Me quedé junto a Aixa, dormida en la butaca, aferrada a su manita mientras los días pasaban.

Corinne e Ingrid se encargaron de todo: ropa, comida, hablar con la escuela, con la editorial. Me trajeron hasta una muda limpia y café sin preguntar. No me dejaban sola, aunque yo a veces deseara desaparecer.

Finalmente nos dieron el alta.

Salí con Aixa, en silla de ruedas.

Román salió con Natalia y su hijo —al que, irónicamente, todavía no tenía ni fuerzas para nombrar.

Yo sólo pensaba en Aixa. En curarla. En mimarla. En que no sintiera más dolor.

Y me hundí.

Me hundí profundo.

Ignoré los mensajes de la editorial, los de Corinne, los de Ingrid. Apagué el móvil durante días. No escribí ni una sola palabra. No comía. No hablaba. Sólo existía.

Corinne venía todos los días. Me dejaba comida en la puerta. Ingrid enviaba flores y libros. Nadie me juzgaba. Pero yo me odiaba a mí misma. Me sentía vacía. Como si me hubiesen arrancado algo esencial.

Observaba mis somníferos durante horas. Escuchaba las voces en mi cabeza, incesantes: me decía que era estúpida, que la verdad estuvo siempre frente a mí y yo me negaba a verla, que lo merecía, que lo mejor era desaparecer para siempre.

Intentaba callarlas. Sabía que Aixa me necesitaba. Debía ser fuerte por ella. Pero… ¿y si estaba mejor sin mí? Me sentía tan cansada. Sólo quería descansar.

Y luego él volvió.

Román.

Entró como si nada. Como si no hubiese pasado absolutamente nada.

Se acercó a Aixa con una sonrisa tibia.

—¿Cómo está mi princesa?

No pude contenerme. Llevé a la niña a su habitación y cerré la puerta.

—¿Tú en serio? ¿Después de todo lo que hiciste, vienes a fingir que todo está bien?

Román me miró. No había arrepentimiento. Sólo esa superioridad suya, esa arrogancia acostumbrada.

—No todo fue mi culpa, Alya. Tú también tuviste lo tuyo.

—¿Perdón?

—Siempre tan… fría. Insípida. ¿Quieres que te diga por qué terminé en la cama con Natalia? Porque al menos ella reaccionaba. Contigo

es como hacer el amor con un hielo. Nunca un orgasmo, nunca una palabra. Nada. Un cascarón vacío.

Lo miré, incrédula.

—No te basta todo el daño que me has causado. ¿Y ahora qué? ¿Vas a destruirme por completo?

Él se rió con desprecio.

—¿Destruirte? Alya, tú no eres nada. Ni lo fuiste nunca. Te hiciste la importante porque dos o tres editoriales te conocen. Pero sin mí, volverás a ser nadie. Y créeme, nadie te va a aguantar como yo. Volverás a buscarme. Vas a suplicar.

Ahí estaba. Dándole voz a todo lo que rondaba mi cabeza.

Entonces una vocecita surgió detrás de mí.

—Papá…

Aixa.

Salió cojeando desde su habitación, agarrándose a la pared para no caerse.

—Papá… no quiero que vengas más.

Román frunció el ceño.

—¿Qué dices, mi amor?

—Cada vez que vienes, mami se pone triste. Mami ya no ríe cuando estás cerca. Yo no quiero que mami llore más.

Me llevé la mano a la boca. El mundo se desmoronó de nuevo. Pero esta vez no fue por él.

Fue por ella.

Mi pequeña valiente.

Mi pequeña luz.

Me agaché a su altura y la abracé con fuerza.

Y cuando me levanté, miré a Román a los ojos.

—¿Dices que sin ti no soy nada? Entonces prefiero ser nada. Antes que volver a ser tu sombra.

Román me fulminó con la mirada. Su ego no podía soportar que se lo enfrentaran.

—Van a volver. Vas a volver. Siempre lo haces.

Y se fue, azotando la puerta.

Yo sólo me arrodillé junto a Aixa. Y por primera vez en semanas, lloré de verdad.

No por tristeza.

Sino por liberación.

CAPÍTULO 22

Corinne

Salí del baño aún envuelta en el vapor cálido de la ducha. Me pasé la toalla por el cabello mientras caminaba hacia la habitación, cuando escuché una vocecita temblorosa llamando a Ingrid.

—¿Ingrid? Ingrid… ven… ven rápido, mi mami…

Abrí la puerta justo al mismo tiempo que ella. Aixa estaba allí, en el pasillo, con las mejillas empapadas y el pecho agitado por el llanto. Me detuve en seco.

—Mi papi vino —sollozó—. Y mi mami… mi mami está triste, no puede parar de llorar. Por favor, ayúdala…

Ingrid no dijo nada. Se agachó para abrazarla, la cargó con la naturalidad de quien ha sido refugio antes, y sólo me miró. Asentí, entendiendo el mensaje. Sin dudarlo, me dirigí al apartamento de Alya.

La puerta estaba entreabierta.
Entré.

La encontré en el suelo, hecha un ovillo de dolor, temblando, con los brazos rodeando sus piernas y la cara hundida entre ellas. Se me hizo un nudo en el estómago.

Me acerqué despacio, conteniendo la respiración.

—¿Qué sucede, mon petit écureuil?

Su cuerpo se sacudió al oírme. Levantó la mirada y rompió a llorar aún más fuerte. Me arrodillé frente a ella justo cuando se lanzó a mis brazos, aferrándose como si se estuviera ahogando.

—Soy una idiota —lloró—. ¡Fui tan ciega! No vi el daño, no vi la inestabilidad a la que estaba sometiendo a mi hija… Me odio por eso.

—Alya… —susurré, acariciándole el cabello.

—No lloro por él, no… ya no lo amo —jadeó—. Lloro por lo que fuimos alguna vez… por la joven Alya que creyó en él, que se enamoró y que él fue destruyendo con sus humillaciones. Lloro por los años perdidos, por haberme perdido a mí misma… y porque no sé qué hacer ahora.

La abracé más fuerte.

—No estás sola —susurré con ternura—. Aún puedes reencontrarte. Tienes a Aixa, a Ingrid… me tienes a mí. Vamos a salir adelante. Juntas.

Alzó el rostro, empapado en lágrimas. Sus ojos se clavaron en los míos, mezcla de tristeza y desconcierto.

—¿Por qué nunca me hablas en francés? —me preguntó—. Desde el primer día, en el ascensor, me hablaste en español. ¿Por qué?

Tragué saliva. Sentí vértigo.

Le acaricié la mejilla, rozando sus lágrimas con el pulgar.

—Porque mi lengua materna es el idioma del amor —le dije suavemente—. Y… ¿cómo iba a hablarte en ese idioma cuando lo único que hacía era imaginarme hacértelo? Tú y yo, en mi cama, susurrándote cosas al oído, prometiéndote todo lo que quería hacerte…

Me incliné más cerca, apenas respirando.

—Era más fácil hablarte en tu idioma. Mi forma de recordarme que no eras mía. Que tenía que aprender a vivir con eso.

Ella me escuchó en silencio. Sus ojos absorbían cada palabra. Y entonces, sin decir nada más, se inclinó hacia mí y me besó.

Al principio fue suave, como si aún dudáramos. Pero luego… luego nos rompimos. Un beso lleno de lo que habíamos reprimido: deseo, dolor, ternura, ansias.

Cuando nos separamos, Alya estaba sentada a horcajadas sobre mí, respiraciones mezcladas, frentes unidas.

—Háblame, por favor —me dijo entre jadeos—. Necesito distraerme, porque no podemos hacer esto ahora. Tú mereces más que recoger mis pedazos. Quiero demostrarte, a ti y a mí, que estoy segura de lo que siento. Que no eres una aventura.

Asentí con dificultad. La tenía sobre mí, tan cerca, tan viva, y me costaba encontrar palabras.

Ella lo notó, y con una dulzura desgarradora, se bajó de mi regazo, se recostó y apoyó la cabeza sobre mis piernas.

—Háblame de ti —me dijo—. Siento que tú sabes todo de mí, y yo no sé nada de ti.

Inspiré hondo. Comencé:

—Vengo de una familia con estatus, dinero, apellido. Estricta y religiosa… El significado de mi nombre es «doncella». Siempre esperaron que fuera pura, perfecta, obediente. Nunca lo fui.

Pasé los dedos por su cabello.

—Desde niña supe que era diferente. No soñaba con príncipes azules. Soñaba con ella… una empleada de casa. Mi primer amor. Pero cuando nos descubrieron, mi familia la echó. Le ofrecieron dinero… y desapareció.

Alya levantó la vista, atenta.

—Me hicieron creer que estaba enferma. Y durante un tiempo lo creí. Hasta que dejé de odiarme. Acepté quién era, y mis padres me dieron la espalda. Sólo mi abuela estuvo allí. Me sostuvo, me ayudó a estudiar derecho, a ser libre.

Hice una pausa. Me costaba hablar, pero con ella era más fácil.

—En la universidad me enamoré de mi compañera de habitación. Tuvimos un romance secreto durante tres años. Pero ella no estaba lista. Siempre decía que nunca había sentido atracción por una mujer. Una noche, alguien nos vio demasiado juntas en una fiesta y preguntó si éramos pareja. Negó todo. Se rió. Bailó y se besó con

otros… y yo, esa misma noche, empaqué todo y me fui. Me prometí no ser nunca más el secreto de nadie.

Alya me miraba con comprensión. Me prometió que no sería como ellas. Que no se escondería. Que ahora no era el momento… que tendría que sanar primero. Pero cuando estuviera lista… me amaría sin miedo.

Y por primera vez, lo creí.

Cuando el silencio volvió a abrazarnos, noté que Alya empezaba a temblar. No sólo por el llanto, sino por el frío. La camiseta estaba húmeda, y su piel helada.

—Vamos —susurré—. Necesitas una ducha caliente.

Ella no respondió, pero se dejó guiar. Caminamos despacio hacia el baño. Encendí la luz tenue, dejé correr el agua y preparé la bañera.

Sus ojos aún brillaban por las lágrimas, pero ya no se derramaban. Parecía agotada, vulnerable… y aun así hermosa de una forma que dolía.

—¿Puedo…? —pregunté, alzando apenas las manos hacia el borde de su camiseta.

Asintió. Eso fue todo.

La ayudé a quitarse la ropa con cuidado. Me aseguré de mantener la vista en sus ojos, en su rostro. Pero sentí. Sentí el calor de su piel rozando mis dedos, el vértigo de tenerla desnuda frente a mí. Mi cuerpo reaccionaba, pero mi voluntad era más fuerte.

No era el momento.

No podía fallarle ahora.

La ayudé a entrar en la bañera. Me arrodillé junto a ella, tomé la jarra y llené agua templada. Hundí lentamente su melena roja en el agua, la peiné con los dedos, desenredando con paciencia cada nudo. La espuma del champú olía a flores suaves. La masajeé con delicadeza, como se cuida algo frágil, algo valioso.

No dije nada. No hacía falta.

Ella soltó un suspiro largo, como si finalmente pudiera exhalar todo el peso del día.

Cuando terminé, la enjuagué con cuidado. Le ofrecí una toalla y la ayudé a salir. La envolví sin prisa, acaricié su cabello mojado y le di un beso en la frente.

—Vamos a la cama, mi ardilla.

No sé si fue por la voz o por el apodo, pero sonrió apenas.

La llevé a su habitación. Puse otra toalla bajo la cabeza para que no mojara la almohada. Se acurrucó de lado, los párpados pesados. Me senté a su lado, le tomé la mano y empecé a cantarle en voz baja una vieja canción francesa que mi abuela solía susurrarme cuando tenía pesadillas:

«Mon petit cœur, ferme les yeux,

le monde est dur, mais je suis là pour deux.

Dors, mon trésor, sans peur, sans bruit,

je serai là quand viendra la nuit…»

Sus dedos se relajaron entre los míos.

Alya se quedó dormida.

La miré unos segundos más. Quería memorizar ese momento, su respiración tranquila, la paz en su rostro.

Le acaricié la mejilla una vez más.

—No te preocupes por nada —susurré—. Estoy aquí para ti. No importa cuánto tarde. No importa cuán roto esté el mundo. Yo me quedo. Hasta que estés lista. Hasta que tú quieras.

Apagué la luz. Cerré la puerta sin hacer ruido.

Y esa noche, por primera vez en mucho tiempo, recé. No a Dios. No a mis padres. No a nadie en particular. Sólo al universo.

Le pedí que la cuidara.

Porque ya no podía imaginar mi vida sin ella.

CAPÍTULO 23

Alya

Nunca imaginé que empezar de nuevo doliera tanto. No sólo por el vacío que deja alguien cuando se va, sino por lo que una descubre en el silencio que queda detrás.

Tomé la decisión una mañana cualquiera, después de pasar la noche llorando sobre el regazo de Corinne. Llamé al psicólogo que me había recomendado Ingrid y pedí cita. También escribí a la editorial para reprogramar la firma de libros pendiente que llevaba meses posponiendo. Cuando me preguntaron por qué había cancelado antes, sólo pude decir: porque no me sentía digna. Pero ahora… algo en mí quería pelear. Por Aixa. Por mí.

Corinne se ofreció a llevar mi divorcio. La idea me conmovió, porque sabía que venía desde el amor, pero le respondí que no. Esta batalla debía librarla yo. Si quería empezar de nuevo, debía también enfrentar lo que había permitido. No quiero que seas tú quien limpie sus ruinas. No mereces eso.

Las semanas fueron pasando. Ingrid me obligó a probar un millón de clases distintas, esperando que encontrara algo que me gustara y me mantuviera ocupada, pero no parecía encajar con nada. Hasta que una noche, en una de nuestras citas nocturnas en el balcón de Ingrid, Corinne me preguntó por qué no intentaba clases de cocina.

—Se te da muy bien. Aún recuerdo los panecillos de limón del primer día. Puedo decir que son, por mucho, los mejores que he probado.
—Me moví nerviosa, aún no se me daba bien aceptar halagos.

—Umm… no sé, no soy tan buena.

—Claro que sí —intervino Ingrid, saliendo al balcón y mirando al otro lado—. Eres una buenísima cocinera. Deberías intentarlo. Es más, mañana mismo te apunto a una clase.

Suspiré resignada y, en un intento de cambiar de tema, dije:

—Aún no entiendo por qué seguimos sentadas aquí. Estamos en pleno invierno, hace un frío terrible. ¿Por qué no hablamos dentro?

Corinne rió.

—Porque Ingrid necesita acosar a su amor secreto.

—¿Qué? —las miré a ambas sin entender.

—No le hagas caso, no sabe lo que dice —la mencionada la fulminó con la mirada, pero Corinne continuó—. Aquí nuestra querida amiga lleva ya bastante tiempo obsesionada con el chico del edificio de enfrente, así que todos los días se sienta a observarlo de lejos, pero nunca se ha atrevido a hablarle.

—Pero, ¡qué dices! —la cortó nuestra amiga, roja como un tomate; era la primera vez que la veía nerviosa—. Yo tengo novio, y no estoy acosando a nadie. ¡Deja de difamarme!

—Claro que tienes novio —repitió Corinne, perdiendo el tono de humor y poniéndose seria—. Tienes un novio que siempre está demasiado ocupado para verte, que nunca te presenta a sus amistades ni te lleva a ningún lado, y cuando salen juntos, te abandona y se va con sus amigos. Vaya novio el tuyo.

—Corinne, ya hemos hablado de esto —repitió Ingrid, con voz cansada—. Fito tiene demasiado trabajo, le es difícil bajar constantemente. Yo, en cambio, puedo hacerlo, y no me pesa.

—Sí, sí, claro… lo que tú digas, pero eso no quita tu obsesión con el chico de enfrente.

—Que no tengo ninguna obsesión.

En ese momento, una luz se encendió en el apartamento del edificio de enfrente. Ingrid se quedó quieta, observando. La puerta de la terraza se abrió, y un hombre con uniforme de policía salió, recogió una camisa del tendedero, se quitó la que tenía puesta y se puso la

que acababa de tomar. Para absoluto asombro nuestro, alzó la vista y nos saludó con una mano.

—Él… él nos vio —chilló Ingrid—.

—Y nos saludó —dijo Corinne, riendo mientras le devolvía el saludo.

—¡Esto nunca había sucedido! Dios, esto es algo nuevo.

—Eso, Ingrid, corre a anotar en tu diario lo mucho que te emociona que el vecino por el que NO estás obsesionada por fin te saludó —ella volvió a fulminarla con la mirada, y me tocó interceder.

—Bien, acordemos que están en desacuerdo y dejemos eso de lado por el momento. Necesito su sabiduría —ambas me observaron expectantes—. Esta tarde recibí un mensaje de mi exsuegra, pidiendo ver a Aixa. No sé qué hacer. No quiero ver a nadie de esa familia, estoy segura de que todos sabían la verdad y nunca dijeron nada.

—Ella solía bromear sobre que, si Román se decidía a estar con una mujer menor, escogiera a Natalia —continué—. Y cuando quedé embarazada, incluso le pidió a Román que se hiciera una prueba de paternidad, porque según ella yo pasaba demasiado tiempo fuera en la universidad y podía estar con otros hombres.

«En fin, no dudo que ella supiera todo y aun así guardara silencio. Ahora quieren ver a la niña. Si fuera por mí, no la dejaría, pero no quiero privarle de su familia a Aixa solo por mi rencor. Así que vamos a hacer algo que vi en las redes sociales. Si adivinan de qué color son los zapatos que Aixa tiene en esta foto, la llevo a ver a su abuela.»

Mostré una foto de Aixa con un vestido azul y zapatos negros, sonriendo y abrazada a Coco. Corinne fue la primera en hablar:

—Yo en esto no puedo opinar, no me concierne, pero esos zapatos color NOVA le quedan muy bien a Aixa. —Sonreí.

Ingrid fue la siguiente:

—Lo siento, Corinne, pero no puedo concordar contigo. Esos zapatos color NOVA no le pegan en nada con ese vestido azul. Amiga, deberías hacer algo al respecto.

Al final, las tres rompimos a reír y llegamos a la conclusión de que Aixa, su vestido azul y los zapatos NOVA se quedarían en casa. Si su abuela o familia paterna querían verla, tendrían que hacer un esfuerzo ellos también. Estaba cansada de ceder.

CAPÍTULO 24

Alya

El día de la firma llegó más rápido de lo que esperaba. Me arreglé con esmero. Me miré al espejo y no lloré. Aixa me deseó suerte con una sonrisa de esas que me dan fuerzas. Ingrid me abrazó con esa calidez suya que siempre parece saber cuándo la necesito. Corinne sólo me dijo: "Rompe corazones", y por un segundo pensé que el único que quería romper era el suyo… pero en el mejor de los sentidos.

En la sala había más gente de la que esperaba: lectoras, madres con hijas, jóvenes temblando al darme su libro. Firmaba con alegría, respondía preguntas, reía. Me sentía viva.

Hasta que mi pronto exmarido llegó.

Román entró como una tormenta. Su rostro rojo, los ojos inyectados. Llevaba los papeles del divorcio en la mano y los lanzó sobre la mesa, interrumpiendo todo.

—¿Así que ahora eres famosa y te crees mejor que todos, Alya? —gritó con voz cargada de veneno—. ¿Te atreves a mandarme esto? ¿A dejarme?

—Román, vete —le dije, intentando mantener la calma.

—¡Todo esto es culpa de esa lesbiana que vive al lado! Seguro que te la estás follando, ¿verdad? Por eso siempre está pegada a ti. ¡Eres una cualquiera!

El silencio fue brutal. Toda la sala lo escuchó. Algunas personas empezaron a grabar. Otras intentaban llamar a seguridad. Yo sólo respiré… una vez, dos veces.

Y exploté.

—¡No! —grité, levantándome—. No tengo ningún amante. Pero sí quiero divorciarme. Porque no quiero seguir con alguien que me menosprecia, que me humilla, que me hace sentir que no valgo nada.

Lo miré a los ojos y por fin sentí que tenía voz.

—Y sí… estoy enamorada de mi vecina. De Corinne. Porque es una mujer hermosa, fuerte, amorosa, talentosa. Porque, sin tocarme, me hizo sentir viva. Porque me vio cuando ni yo misma me veía. Y ojalá algún día pueda amarla como merece, pero por tu culpa aún no puedo. Porque me dejaste tan rota que, si estuviera con ella ahora, sólo estaría ofreciéndole las sobras que tú dejaste. Y ella merece más.

Román intentó gritar algo más, pero dos guardias lo sacaron mientras el público aplaudía. No por el escándalo, sino por la valentía. Me sequé las lágrimas con disimulo, volví a sentarme y miré a la siguiente persona de la fila.

—¿Nombre?

Ella me dijo su nombre con una sonrisa temblorosa. Y así seguí firmando, una tras otra.

Hasta que llegó Corinne.

No dijo nada al principio, sólo me miró. Yo también la miré. No había reproche, sólo verdad. Y entonces, con una media sonrisa, me dijo:

—No estás rota. Y si lo estuvieras… no veo por qué a mi lado no podrías reconstruirte.

Me levanté y la abracé. No como a una amiga. No como a una amante. La abracé como alguien que por fin entiende lo que es sentirse segura.

Llegar a casa fue como soltar un peso invisible. Cerramos la puerta, nos quitamos los abrigos y nos servimos una copa de vino cada una. Era vino barato, pero esa noche sabía a alivio. A justicia, tal vez.

Nos sentamos en el sofá, las tres alineadas como si hiciéramos parte de un mismo ejército que acababa de regresar de una guerra

emocional.

—No entiendo por qué se enojó tanto —dije finalmente, rompiendo el silencio—. Era obvio que iba a recibir los papeles del divorcio… no debería haber sido una sorpresa.

Corinne se giró hacia mí, apoyando el codo en el respaldo del sofá.

—¿Qué cosas pidió tu abogado?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Dejé todo en manos del abogado que tú me recomendaste. Sólo quería que terminara cuanto antes. Ni siquiera leí los detalles.

—¿Tienes una copia?

Asentí y me levanté a buscarla en la mesa del comedor. La entregué con cierta culpa, como si fuera algo que debería haber leído y comprendido desde el principio.

Corinne leyó en silencio varios minutos. Su ceño se frunció cada vez más y, al llegar a la última página, soltó un pequeño sonido entre la garganta y la nariz, mezcla de comprensión y rabia contenida.

—Este hombre… —dijo, levantando la vista y clavando sus ojos en los míos— no sólo te estaba drenando las ganas de vivir, Alya. También todo tu dinero. Maldita sanguijuela.

—¿Qué?

—Aquí está todo. Román compró el apartamento a su nombre, pero todo el dinero con el que han vivido estos dos años venía de ti. Regalías de tus libros. Él administraba las finanzas, ¿cierto?

Asentí lentamente. Sentí que la sangre me abandonaba las mejillas.

—No sabías cuánto entraba ni cuánto salía… sólo confiabas.

—Sí…

—Pues tu abogado hizo bien su trabajo. Está exigiendo el apartamento en Francia, la mitad del de Madrid —que aún está a la venta—, y reclamando la devolución del dinero que él gastó estos años en sus supuestos "viajes de trabajo", así como el uso indebido

de tus cuentas. También cerró las cuentas conjuntas y lo eliminó como beneficiario de todo.

Me quedé en silencio. Todas las veces que Román había desestimado mis libros, todas las veces que me dijo que no me preocupara por el dinero porque él "ya se encargaba", tomaron un nuevo color: asco. Humillación.

No podía creer que el hombre con el que compartí tantos años de mi vida se hubiese aprovechado de mí de forma tan descarada. No sólo me rompió el alma… también saqueó mi esfuerzo.

Me perdí en mis pensamientos, ahogándome en incredulidad y traición. Y justo entonces, Ingrid, que hasta ese momento había estado callada, soltó de pronto una ráfaga de maldiciones tan creativas que me sacaron una risa entre las lágrimas. No sabía que alguien pudiera insultar con tal precisión y pasión. Si algún día necesitaba una abogada con machete, definitivamente sería ella.

—¡Que gonorrea! ¡Hijuepu malparío! —gritó.

Tuve que reprimir una carcajada entre lágrimas. Corinne también reía con la copa en la mano.

—Ingrid… —murmuré.

—¡No, Alya! ¡Esto es inaceptable! ¡Te manipuló, te humilló, te robó y encima se atrevió a gritarte en público como si fueras tú la mala! ¡Habría que arrancarle el alma y usarla de felpudo!

Corinne se acercó y me rodeó con sus brazos. No con piedad, sino con fuerza. Me sostuvo como si no tuviera miedo de mi fragilidad.

—No estás sola —me susurró al oído, con voz firme pero cálida—. Vamos a recuperar todo lo que te quitó. Si quieres, podemos demandarlo. Yo me encargo de todo.

Me separé suavemente de ella y negué con la cabeza.

—No… no quiero más peleas. No quiero pasar más tiempo pensando en él. Sólo quiero el divorcio. Quiero dejar todo esto atrás. Sólo quiero volver a ser feliz. Seguir adelante.

Corinne me miró con esa mezcla de respeto y ternura que me derrite. Ingrid me sirvió otra copa de vino sin decir nada, y yo me

permití hundirme entre ambas, como si pudieran sostenerme sólo con estar ahí.

Quizá no tenía todo resuelto. Quizá aún había mucho por sanar.

Pero por primera vez en años, sabía que no estaba sola.

CAPÍTULO 25

Alya

Fui a buscarlo con la intención de terminar las cosas en paz.

Tomé el primer tren a Madrid sin avisar. Llevaba en el bolso la carpeta con la documentación del divorcio, un abrigo ligero y una única esperanza: que por una vez él actuara con la mínima decencia. Que al menos pudiéramos cerrar ese capítulo como adultos.

Entré a las oficinas con paso firme, aunque por dentro me temblaban las piernas. No era la primera vez que estaba allí. Años atrás había ido a dejarle el almuerzo o a llevarle algún manuscrito impreso que él nunca leía. La recepcionista me reconoció de inmediato.

—¡Alya! —me saludó con una sonrisa cálida—. ¡Cuánto tiempo! ¿Qué haces por aquí?

—Estoy buscando a Román —respondí con tono neutro.

La expresión de ella cambió. Primero parpadeó, luego ladeó la cabeza con una mueca de duda.

—¿Román? ¿Tu esposo?

Asentí.

—Alya… Román fue expulsado de la empresa hace dos años.

Me congelé.

—¿Qué?

—Sí, lo echaron por violar las normas internas. Mantuvo una relación con una cliente y… bueno, se descubrió que estaba aceptando regalos y beneficios a cambio de favores. Fue un escándalo.

Sentí que el suelo se me movía. Apreté la carpeta contra el pecho como si pudiera protegerme de una realidad que no estaba preparada para encarar.

—¿Estás segura? —susurré.

—Sí… lo lamento. Pensé que tú sabías.

Asentí, aunque la verdad es que no entendía nada. Salí de allí sin despedirme.

Creí que mi decepción por Román ya había tocado fondo. Me equivoqué.

Cuando regresé a casa, encontré a Natalia esperándome en la puerta. Tenía a su hijo de la mano y los ojos enrojecidos, aunque no supe si por rabia o manipulación. Lo supe después.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—¿Por qué me haces esto, Alya? —soltó sin previo aviso—. ¿Cómo vas a echarme a la calle con mi hijo? ¡Deberías pensar en él! ¡Es el hermano de Aixa!

Mis cejas se alzaron. No entendía nada.

—¿De qué estás hablando?

—Me llegó una orden de desalojo —dijo, sacando un papel arrugado del bolso—. ¡De tu abogado! El apartamento donde vivimos fue pagado en parte con tu dinero, eso es lo que dice. ¡Y Román me dijo que están a punto de perderlo todo por tu culpa!

Me quedé en blanco. Las palabras no me llegaban. Entonces Natalia dio un paso adelante y su rostro cambió. Ya no estaba fingiendo ser la amiga compasiva.

—¿Sabes qué? Estoy harta. Durante años estuve con tu marido. Sí, con él. Mientras tú creías que él te era fiel, venía a verme. Se ocupaba de mi hijo más que del tuyo, porque él es su hijo, Alya. Me cuidaba, me mandaba dinero, se hospedaba conmigo. Y sí, fui yo quien te envió aquella foto saliendo del hotel. ¿Recuerdas? Lo hice con la esperanza de que por fin abrieras los ojos… pero eras tan tonta que lo perdonaste otra vez.

Me dolía la mandíbula de tanto apretarla. El silencio me ardía en los oídos.

—Te regodeas en lo ingenua que fui —le dije con voz baja, temblorosa—. ¿Te hace sentir mejor, Natalia? ¿Superior? Por haberme mentido durante años. Por haberme usado.

Ella no respondió. Sonrió. Esa sonrisa me encendió la sangre.

—Pero al final, ¿sabes qué? Nunca fuiste más que la otra. La querida. Porque nunca te quiso lo suficiente como para dejarme. ¿O no te has dado cuenta? Román no ama a nadie más que a sí mismo.

Me acerqué un paso, sentí que algo en mí se rompía… o más bien, algo por fin se liberaba.

—Pero si tanto lo quieres, quédate con él. Sean felices juntos. Pero se acabó la Alya tonta. Se acabó que me usen. Se acabó que se lucren de mi trabajo, de mi esfuerzo, de mis libros que ambos menospreciaron.

Respiré hondo.

—Yo no pensaba demandarlo. De verdad quería dejarlo atrás… pero ahora sí. Lo voy a demandar. Voy a sacarle hasta el último centavo que tenga o pueda ganar en los próximos años. Para que la próxima vez que alguien piense en aprovecharse de mí, lo piense dos veces.

Le tendí la mano con una sonrisa fría.

—Vivan su idilio, Natalia. Pero háganlo lejos de mí. Y sin mi dinero.

Me giré, abrí la puerta de mi edificio y entré sin volver la vista atrás.

Ya no era la mujer rota.

No más lágrimas silenciosas.

No más sonrisas para aguantar.

La ingenua Alya se había terminado.

CAPÍTULO 26

Alya

El nuevo departamento olía a pintura fresca, a madera nueva y a esperanza. No habíamos abandonado el edificio, solo nos mudamos un piso más arriba, pero la diferencia se sentía: un lugar nuevo, una hoja en blanco para comenzar a trazar nuestra historia.

Aixa corría de una habitación a otra con su peluche en la mano, emocionada por cada rincón, como si fuera un castillo encantado. Su risa resonaba por los pasillos vacíos, rebotando contra las paredes blancas y llenando de vida el espacio. Era pequeña, pero ya entendía que algo importante había cambiado. Esta vez no era una huida. Era un comienzo.

Corinne me miró desde el marco de la puerta, sonriendo suavemente mientras cargaba una caja llena de libros míos.

—No sabía que tenía tantos ejemplares tuyos —bromeó—. Creo que soy tu fan número uno.

—¿Y también mi editora no oficial? —pregunté, riendo mientras tomaba la caja.

—Eso también —dijo, y en sus ojos vi algo más profundo: la promesa de alguien que estaba ahí para quedarse.

Un rato después llegó Ingrid con una bandeja de panecillos de limón.

—Para que sea más dulce que nunca en este nuevo hogar —dijo, alzándolos como si fueran un trofeo—. Y para que Aixa me ame para siempre. Aunque no soy tan buena como usted, señorita graduada en repostería, me sé defender.

—¡Paneciiillloooos! —gritó Aixa, abrazándola antes de llevarse uno a la boca con toda la ceremonia de una catadora profesional.

Nos sentamos en el suelo del salón, rodeadas de cajas, y por primera vez en mucho tiempo, me sentí en paz.

Ingrid se asomó al balcón con una sonrisa curiosa. Como siempre, sus ojos buscaron al chico del edificio de enfrente. Estaba allí, leyendo un libro, ajeno a su observadora silenciosa. No dijo nada; solo suspiró con esa mezcla de ilusión y timidez que reconocí al instante.

Corinne se acercó a mí mientras acomodaba un cojín detrás de mi espalda.

—¿Cómo te sientes?

La miré.

—Ligera —respondí sin pensar—. Como si por fin me hubiera quitado un abrigo que ya no era mío. Uno que pesaba y dolía.

—¿Y ahora?

—Ahora… soy otra. O tal vez soy yo, por fin.

Corinne me tomó la mano. No necesitábamos decir más.

Esa noche, cuando Aixa se durmió y la casa quedó en silencio, abrí mi cuaderno. No uno de trabajo. Uno personal. Uno que no usaba desde hacía años.

Escribí:

«No fue el final. Fue el primer acto de amor hacia mí misma.»

Y por primera vez, cerré el cuaderno con una sonrisa.

Porque sí, estaba empezando de nuevo. Pero no desde cero.

Sino desde mí.

EPÍLOGO

Corinne

La terraza estaba decorada con guirnaldas suaves, velas encendidas y el aroma de galletas recién horneadas. Alya había insistido en hacerlas ella misma, como la primera vez. No vi sentido en negarme; después de todo, sabía que amaba la cocina y se le daba bien, aunque no era lo único en lo que destacaba.
Aún me costaba creerlo.

Había publicado su siguiente libro hacía unas semanas: *Mi reflejo roto (y cómo lo volví a armar)*, una crónica íntima sobre su relación con su ex, el miedo a la soledad, la búsqueda de identidad y el renacimiento. En sus páginas no solo hablaba del dolor, sino también de cómo aprendió a conocerse y amarse. Sabía lo fuerte que era, pero verla brillar así me llenaba de un orgullo profundo.

Desde el rincón de la fiesta, la observaba charlar nerviosa con el chico del edificio de enfrente. Él reía con timidez, mientras Ingrid hacía lo imposible por no parecer demasiado interesada. Su patético novio estaba en otra parte, intentando mantener una conversación.

Lo conocí por casualidad hace un par de semanas, cuando paseaba a Coco por el parque. Tuvimos una conversación simple sobre libros, mascotas y el clima. Era amable, tranquilo… y pensé en Ingrid al instante.
La verdad, me encanta unir puntos.

Mientras los miraba, mi mente viajó a otro tiempo.

Al comienzo. Antes de que Alya y Aixa se mudaran, el agente inmobiliario me envió varios perfiles de interesados. El edificio era

mío, heredado de mi abuela al fallecer. Y aunque confiaba en el agente, siempre pedía ver a quién le estaba abriendo la puerta. No eran solo paredes, era mi hogar.

Recuerdo que fue su foto la que me detuvo: Alya, con el cabello recogido y los ojos apagados. No era tristeza exactamente, sino una especie de resignación. Como una flor que se inclina por costumbre, sin saber que aún puede levantarse.

Leí su nacionalidad: española. Sonreí. Era la excusa perfecta para practicar mi español.

—No puedo creer que lo hayas invitado… —dijo Alya con voz suave, deteniéndose a mi lado.

Se había acercado sin que me diera cuenta, con una copa de vino en la mano y esa sonrisa de medio lado. Su cabello rojo brillaba con la luz de las velas, y llevaba ese vestido azul que adoraba.

—Ingrid necesitaba un pequeño empujoncito —respondí, rodeándole la cintura con el brazo—. O iba a terminar como cierta ardillita que solo quería esconderse.

Ella soltó una risa, esa que aún me hacía temblar el corazón. Me miró con la intensidad que solo ella tenía, como si todo lo demás desapareciera.

—Estoy muy orgullosa de ti —susurró—. Te amo.

Apoyé mi frente en la suya, dejándome envolver por el aroma a hogar que siempre llevaba.

—Y yo de ti, mon amour —respondí antes de besarla.

El viento meció las cortinas, Coco ladró en el fondo, Aixa corría con una flor en la mano… y por primera vez supe, sin ninguna duda, que habíamos llegado.

A nuestro lugar.

A nuestro presente.

A nuestro siempre.

Fin